CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACIÓN Y NEGACION

MADRID, 15 DE AGOSTO DE 1933

ESTA REVISTA SE PUBLICA TODOS LOS MESES

Director: JOSÉ BERGAMÍN
Secretario: EUGENIO IMAZ

Suscripción anual

España y países adheridos a la tarifa reducida de Correos.. . . 30 pesetas.
Todos los demás países . 40 –
Extranjero, ejemplar. . . 4 –

MADRID
GENERAL MITRE, 5
TELÉFONO 17573

LA EDITAN

MIGUEL ARTIGAS
MANUEL ABRIL
JOSÉ BERGAMÍN
JOSÉ M.ª COSSÍO
MANUEL DE FALLA
ALFONSO G. VALDECASAS
EMILIO GARCÍA GÓMEZ
ANTONIO GARRIGUES
CARLOS JIMÉNEZ DÍAZ
ANTONIO DE LUNA
JUAN LLADÓ
ALFREDO MENDIZABAL
EUSEBIO OLIVER
JOSÉ M.ª PARDO
JOSÉ R. MANENT
F. ROMERO OTAZO
EDUARDO RODRIGAÑEZ
J. M.ª SEMPRÚN Y GURREA
MANUEL TORRES

Sumario

La importancia del Demonio

Pan-daemonium.

Mediación celeste. La luz tenebrosa. El sentido de la vida. Contrasentido de la muerte.

Superstición. Personalidad dramática del Demonio. Moral. Ciencia cierta. El empedrado del Infierno.

La oposición del Demonio. El lenguaje del Paraíso. «Una inmovilidad hecha de inquietud». La Tarasca.

TODO el Universo — decían los filósofos griegos — está lleno de almas y de demonios: es decir, de espíritus. Porque para que haya espiritualidad tiene que haber espíritus: como, según decía Nietzsche, *para que haya divinidad tiene que haber dioses.* Y en ésta, que es plenitud espiritual del Universo, había para los griegos tres órdenes o mundos de distinta naturaleza: el de los dioses, el de los hombres y el de los demonios. La diferencia entre estos mundos era una distinción o distancia sencillamente elemental: el mundo elemental del hombre es la tierra; el de los dioses, el cielo etéreo; el de los demonios, el aire. Si atendemos a esta interpretación, que llamaríamos la interpretación clásica del Demonio, nos lo encontraremos, así, primeramente por el aire: o por los aires; poblando la atmósfera de invisibles presencias espirituales. Esta naturaleza aérea o airada del Demonio, o de los demonios, tenía, para los griegos, el sentido de intercesión o mediación divi-

na: eran estos demonios criaturas aéreas destinadas a intervenir, y a interllevar, mensajes entre los hombres y los dioses: por eso eran indiferentemente buenos o malos, según, diríamos, que fuese el éxito de sus mediaciones o intervenciones: de sus negociaciones celestes; porque eran una especie de agentes de cambio o intercambio espiritual de los hombres con el cielo. Y así estaban sujetos, según refiere San Agustín siguiendo el testimonio de Apuleyo, a las mismas pasiones humanas: y aún, añade, que algunos creyeron que eran los hombres los que contaminaban de sus pasiones y de sus vicios a los demonios. (En el libro apócrifo de *Enoch* se enseña que el pecado de los ángeles, el pecado que los hizo demonios, fué el de enamorarse de las mujeres.)

Esta intercesión o mediación divina que se atribuía a los demonios originó las artes mágicas como malas artes: es decir, como la posibilidad de ejercer el hombre su influencia sobre los demonios, en vez de estar sujeto a sus influencias malignas o benignas; fué, como si dijéramos, un arte de coaccionar a los demonios para utilizarlos en provecho del hombre. No he de detenerme en la enredosa historia de estas relaciones seculares, que no interesan para nada a la importancia misma del Demonio, aun en esta interpretación hermética de los griegos. Y digo her-

mética porque el Hermes griego, mensajero celeste, psicopompo, conductor de las almas o de los muertos por el laberinto del Infierno, fué ya, aun dentro de esta versión plural de los griegos, una representación unificada del Demonio. El mito de Hermes sintetiza todas las cualidades demoníacas intermedias entre los hombres y los dioses; por esto en el Hermes griego, como en su equivalente Mercurio latino, vieron los cristianos una perfecta representación o encarnación idólatra del Demonio. Por ser ésta su naturaleza demoníaca de mediador divino de la que más finamente se le acusa en el cristianismo cuando con las palabras de San Pablo se afirmaba que el único *medianero de Dios y de los hombres es Cristo Jesús.*

No cabe, pues, para el cristiano mediación celeste; ni aun, en este sentido, de los ángeles. Por eso el cristianismo nos ofrece de esta plenitud espiritual del universo otra interpretación distinta: todas las criaturas celestes (dioses y demonios de los griegos), de idéntica naturaleza elemental, no solamente aérea, sino luminosa, fueron, en una tercera parte, separadas de Dios; y no por su propia naturaleza, como dice San Agustín, sino por su propia voluntad. Separó Dios el mundo angélico del demoníaco como separó la luz de las tinieblas: la noche

del día. El Demonio, a quien la *Biblia* denomina con predilección Satán o Satanás, o Lucifer—que así en el profeta Isaías se define como *el que nace por la mañana,* el que nace todas las mañanas—, es el que con este nombre luminoso de tentador y de adversario asume el imperio de las sombras. Pero habrá que advertir que esa sombra de lo divino puede aparecer a nuestros sentidos como luz. El Demonio puede ser para nosotros luz. Por esto dicen las palabras de San Pablo que el demonio se nos aparece *velado de angélica luz.* Y es ésta la *luz tenebrosa* que le atribuye en su *Pimandro,* Hermes Trimegisto, tan aludido por San Agustín, el que se creía nieto del Hermes griego, esto es, nieto del Demonio: *Hermes, mi abuelo*—escribe el Trimegisto—, *cuyo nombre he heredado yo, fué el primer inventor de la medicina, a quien está consagrado un templo en el monte Libia, cerca de la costa de los cocodrilos; allí yace su hombre mundano, esto es, su cuerpo* (Hermes llama hombre de mundo a un cuerpo muerto, a un cadáver), *porque lo restante de él o, por mejor decir, todo él, si es que está todo el hombre en el sentido de la vida, mejorado, se volvió al cielo...* A Hermes se atribuye, también, en su mito la invención de la música y de la palabra: Hermes quiere decir eso mismo: la palabra celeste. La palabra y la música que son por

el aire. Hermes divinidad, o dios del aire o de los aires, es como una personificación de todos los demonios; y viene así a presentársenos como un anti-Cristo, que es, en definitiva, como un anti-Dios o contra-Dios: como demonio de los demonios, como el mismísimo Demonio.

Esta negación de la luz divina, esta sombra de Dios, puede aparecernos (que es como si lo fuera: porque ese parecer o apariencia es lo que es para nuestros sentidos) como luz, y con las palabras herméticas del Trimegisto, como lo que es: como *luz tenebrosa.* Y así lo entendieron los cabalistas. El *Zohar* define al Demonio de este modo: como sombra divina, identificándolo con la luz: con lo que para nuestros sentidos, para nuestros ojos, es luz; con la luz material, con la luz solar. *El que nace todas las mañanas,* según las palabras proféticas, es, para nosotros, el Demonio; su luz es nuestra luz: la sombra divina, lo cual, aunque parezca irónico, sería como decir que lo que denominamos nuestro sistema solar, materialmente es el sistema mismo del Demonio; y que esta luz material en que vivimos o de que vivimos no es otra cosa que como un chispazo, un corto-circuito celeste: un contacto cósmico de la voluntad positiva de Dios con la negativa del Demonio. Así mirado, no sé si mal o bien mirado, desde este

punto de vista—que fué el adoptado por el enorme poeta místico inglés Milton en su *Paraíso perdido*—, tiene para nosotros importancia capital el Demonio.

Pero no hay que alarmarse por ello; porque sucede que este punto de vista, esta especie de poético ángulo de visión cinematográfico para contemplar la creación divina (que fué el de los cabalistas y, por su influencia, el de Milton; porque lo fué el de la secta materialista cristiana a que Milton pertenecía: la de los *mortalistas,* que hoy, aún, creo que se conserva en Inglaterra con el nombre de *cristadelfos),* este punto de vista es precisamente el punto de vista del Demonio: y es claro que desde este su punto de vista sea el Demonio lo más importante de todo: o aún, lo único verdaderamente importante. Pero digo que no hay que alarmarse por ello, porque de que el Demonio tenga importancia a que sea lo único que tiene verdadera importancia hay un abismo: hay precisamente un abismo, que es el suyo, el de su caída, el de su Infierno, el de su propia naturaleza abismática. Por eso, si no hay que quitarle al Demonio toda su importancia, tampoco hay que darle demasiada, que es lo que ha hecho siempre, y se llame como se llame en la Historia, todo materialismo, todo punto de vista exclusiva-

mente materialista, que es el punto de vista propio del Demonio.

Esta explicación cósmica que identifica nuestra luz solar, nuestra luz material, con la voluntad negativa del Demonio, lo hace afirmando, como decía, que esta luz es sombra divina; y digo que lo hace desde el punto de vista del Demonio—que es o puede ser en muchos casos, sino siempre, el punto de vista de la ciencia—, porque lo hace afirmando la ausencia de Dios: que es lo único que sabe positivamente el Demonio y que es lo único que se puede saber positivamente por la ciencia. En esta teoría, la ausencia de Dios es la concentración de la luz divina en sí misma. Es que Dios se vuelve de espaldas a lo creado y proyecta sobre nosotros esa luz tenebrosa de su sombra, y entonces el mundo se convierte en el imperio infernal, sobriamente luminoso de la materia, que es el imperio mismo del Demonio. Por eso dice San Juan en su Evangelio que Cristo ha vencido al Mundo: cuando vence al Demonio.

Como angélica criatura capaz de todas las ciencias, según nos dice en un admirable verso Calderón, tenía el Demonio que inmortalizarse en su caída: perpetuándose en un infinito afán perecedero, en esa absorción espiritual abismática; por esa vertigi-

nosa precipitación en su abismo, en el que vive o muere cayendo, porque es una especie de muerte inmortal la suya: como la de la música por el sonido o la de la palabra por la voz. Por esto no es el Demonio simplemente nada: un no ser perdurable, porque, de este modo, sería para nosotros metafísicamente inconcebible—que por quererle concebir de este modo se le ha negado metafísicamente—. No. El Demonio es como San Agustín lo definía, no un no ser, no nada, sino una voluntad de no ser, una voluntad de la nada: porque no quiso ser lo que era: angélico, criatura airada y luminosa; porque quiso no ser, no quiso dejar de ser, sino ser lo que no es, lo que no era: quiso, o quiere, ser nada queriendo ser todo, queriendo no ser. Todo lo contrario que Dios. ¡Ay es nada querer ser *nonada!* Querer ser contratiempo luminoso del cielo: querer ser contrasentido de la vida: querer ser contra-Dios.

Cuando Dios se define a sí mismo por su voz mensajera y por su luz, la primera vez en que se le aparece al hombre: a Moisés en la zarza ardiendo, se define diciéndose: que Él *es el que es*. Si Dios *es el que es* y el Demonio quiere ser como Dios (pero no en Él, como lo son los ángeles y los Santos; no en participación divina, sino sin Él o contra Él; entero y verdadero, no en parte, sino en todo), tendrá que

serlo, todo lo contrario: en la nada, en lo que no es; y como no puede serlo todo en todo sin dejar de ser divino – a no ser que fuera el mismo Dios: identificado con Él –, tiene que querer lo contrario: la nada, el no ser: y así se convierte en lo contrario de Dios, en el contrario, Satán, el adversario divino. Y por eso se queda en el aire, en los aires, sin dejar de ser, pero queriéndolo; y por eso es luz tenebrosa: porque no es tiniebla o sombra, que sería no ser o como si no fuera, sino voluntad luminosa de la tiniebla y de la sombra: voluntad totalizadora del *no ser*. Príncipe: o sea principio de las tinieblas o las sombras. Pero principio o Príncipe luminoso de ellas: para ser *como Dios;* y eso es: Dios frustrado.

Y esta es su tentación al hombre: hacerle como él quiso: como Dios o como nada. Por eso su voluntad nos lleva a la muerte definitiva, que es su infierno. Por eso nos trae y nos lleva, herméticamente, guiándonos, para perdernos mejor, por el laberinto espiritual de las sombras: para hacernos perder, para quitarnos el sentido divino de la vida: en el que está o debe de estar – como suponía el Trimegisto – el hombre totalizado. Para hacernos perder el único sentido verdadero de la vida: el de Dios.

Si es que está todo el hombre en el sentido de la vida – que no es otro que el común sentir de nues-

tros sentidos: el sentido de los sentidos, el sentido común por que percibimos y con que percibimos al Demonio – la división de ese sentir íntegro o totalizador humano por el tacto, o el gusto, o el olor, o el oído, o la vista, separa nuestro ser dividiéndolo: y precisamente al separarlo, cada vez más, en ese sentido, o en cada sentido, apurándonos más, en cada uno de ellos, el tentador de todos: el Demonio, nos separa de Dios porque lo que hace, así, es dividirnos para vencernos. Y no en vano de entre nuestros sentidos separados elige el del oído, porque en él está en su elemento; ya que el sonoro tacto del oído es por el aire y en el aire, que es en donde, lo mismo en la interpretación de los griegos que en la cristiana, se nos dice que está el demonio: los demonios.

Un gran conocedor del Demonio, San Ignacio, nos advierte en sus *Reglas para en alguna manera sentir y conocer las mociones que en la ánima se causan y con mayor discreción de espíritus,* de cómo pueden conocerse estos espíritus, buenos o malos, al oído o por el oído, finamente, aguzándolo: por el sonido, por una especie de sonoro tacto; que así como se ha dicho que cabe tocar con los ojos al mirar, bien pudiera decirse que se puede llegar a tocar en el alma con el sonido, ya que *la fe es por el oído,* según el apóstol: y *sólo así a bulto y porque nos lo dice la fe sabemos,* según

Santa Teresa, *que tenemos alma.* Que eso pudiera ser, en definitiva, la poesía y la música, lo mismo infernal que celeste: una especie de sonoro tacto. *En los que proceden de bien en mejor*—escribe San Ignacio—*el buen ángel toca a la tal ánima, dulce, leve y suavemente como gota de agua que entra en una esponja; y el malo toca agudamente y con sonido e inquietud como cuando la gota de agua cae sobre la piedra; y a los que proceden de mal en peor tocan los sobredichos espíritus contrario modo; cuya causa es la disposición del ánima ser a los dichos ángeles contraria o simile; porque cuando es contraria entran con estrépito y con sentidos, perceptiblemente: y cuando es simile entran con silencio como en propia casa a puerta abierta.*

Como la fe es por el oído y *el oído es por la palabra de Dios:* la palabra de Dios, que es la vida, la luz y la verdad, es la que, por el oído, viene a robarnos el Demonio. Por el laberinto del oído, que es, como el laberinto del vientre, un entrañable laberinto de asimilación espiritual. El laberinto del oído son las entrañas de aire en las que se hace sangre espiritual nuestra fe, como quería el apóstol. Por eso tenemos los creyentes siempre el alma en un hilo, en apenas un hilo: de aire o de sangre; porque en el fondo de ese sutilísimo laberinto vivo,

radica, como todos sabemos, no solamente el sentido del oír, que es lo más profundo del hombre, sino ese otro sentido por el que se sostiene y se mantiene en pie: el de su equilibrio en el espacio; como si en esa laberíntica profundidad con que escuchamos se aclarase nuestro ser temporal en el espacio silencioso, en los espacios silenciosos. *El silencio eterno de los espacios infinitos* le asustaba a Pascal, por eso: porque le hacía perder el equilibrio, su equilibrio vivo.

Todos conocemos la sensación vertiginosa que nos sucede si perdemos este sentido que nos equilibra en el espacio: que es como si perdiéramos pie en el aire y es como un vértigo de abismo; como si cayéramos vertiginosamente en una sima. Y así dice admirablemente el sentido común popular, la común superstición popular del Demonio, que es él, el Demonio, el que viene a tirarnos de los pies; que es el Demonio el que nos tira de los pies mientras dormimos, el que viene a tirarnos de los pies, hacia abajo: para llevarnos al Infierno. Y viene el Demonio a tirarnos de los pies mientras dormimos para llevarnos a la muerte, según el común sentir popular, porque cuando dormimos es cuando no podemos sentir la muerte; que así durmió Dios a los discípulos de Cristo cuando Él entraba en agonía en la noche del

huerto: para que no sintieran la muerte que se le acercaba al Hijo del hombre. La más aguda y penetrante definición poética de la muerte que conozco es la que nos dejó Heráclito al decir que *la muerte es lo que sentimos cuando estamos despiertos. –Importa no estar dormidos,* dijo y tuvo como por divisa nuestro burlador sevillano D. Juan: porque quiso ser un burlador de la muerte. Y por eso velaba o vigilaba noches enteras con el pretexto del amor: para no dormirse. Para no cerrar nunca los ojos a la verdad que sentimos cuando estamos despiertos: a la certeza inaplazable de la muerte–. Nuestra vida y no nuestro sueño es la que vigila alerta el Demonio: la que nos vela vigilándonos con la luz tenebrosa de la muerte.

Por eso está, efectivamente, *todo el hombre en el sentido de la vida:* por el contrasentido de la muerte.

Sentimos nuestra vida porque estamos despiertos y en esa vigilancia de la vida sentimos la muerte: sentimos al Demonio, que es la voluntad de la muerte; porque no podíamos sentir la muerte sino como una voluntad contraria a Dios, contraria a la vida: como la voluntad del Demonio. Y es esta voluntad la que tocándonos en lo que sentimos, y en lo que más sentimos, la que dividiendo nuestro común sentir, nos precisa y apura toda la vida en sensaciones

separadas: para engañarnos. En *los datos inmediatos de nuestra conciencia,* según los observó Bergson, podemos descubrir fácilmente estas maquinaciones intelectuales del Demonio. Todas nuestras espacializaciones vivas, por decirlo al modo de Bergson, son *las cadenas del Demonio,* las que nos hacen esclavos espirituales suyos. Por eso, todas las metafísicas intelectuales o racionales que se han inventado, todos los sistemas metafísicos, desde el de Aristóteles hasta el de Hegel, no son otra cosa, en definitiva, más que unas lógicas del Demonio.

El Demonio divide, para vencernos, nuestro total sentido humano de la vida en muchos otros: lo divide en todos sentidos: y en cada uno de estos sentidos, nos tienta: esto es, que nos toca perceptible o imperceptiblemente, para confundirnos: para confundir nuestra percepción natural y sobrenatural del mundo. Por eso, la percepción del mundo que tenemos por nuestros sentidos, desde la caída de Adán, es una percepción confusa: una percepción del Demonio; y percibimos al Demonio confusamente por nuestros sentidos porque lo primero que el Demonio causa en nosotros es sensación, es una pura sensación; es eso que llamaba Leibnitz una *idea confusa;* y lo es, porque en esta confusa percepción que tenemos primero del Demonio no po-

demos hacernos todavía idea ninguna de él; lo que se dice una idea del Demonio, no la tenemos todavía. Por eso es natural que el Demonio, por el solo testimonio de nuestros sentidos, en los que toca, no tenga, aún, para nosotros, realidad ninguna; no pueda tener realidad; porque, para tenerla, tenía que ser, primeramente, en nosotros, una idea—la realidad es cosa de idea—, y el Demonio no es, ni puede ser, una idea nuestra: ni una simple cosa de ideas para nosotros; aunque nosotros podamos tener una idea del Demonio, que esto lo lograremos sólo concibiéndole imaginativamente unido o único, o, como dijo en un verso admirable Víctor Hugo: *unificado por la sombra. El ser múltiple*—dice el verso de Víctor Hugo—*vive en mi unidad sombría.* Es esta *multiplicidad del ser unida por la sombra,* la que nos da una idea del Demonio; no su sensación; su sensación no nos puede dar idea, sino sensaciones a su vez. Así, podríamos decir que al Demonio se le percibe como múltiple y se le concibe como uno: como único. Porque una cosa es tener sentido del Demonio y otra tener conocimiento de él.

Pero este sentido del Demonio lo tenemos todos: por sentido común, y es, más bien, un tenerle sentido, o sensado como decían los místicos; tenerles sentidos por los sentidos a los demonios: porque su

sensación, como digo, es múltiple. Y es esto tan sutil, tan rápido, que apenas si dura una chispa: porque es eso, precisamente, una chispa, un chisporroteo sensacional con que se pone en conmoción al alma. Es una sensación casi eléctrica, por lo que la ha llamado, con razón, el sentido común popular, a esta presencia primera de los demonios en nuestros sentidos o a estos demonios que nos causan tal sensación, los *demonios encendidos:* los que a su contacto nos chocan y es como si encendieran de luz nuestras sensaciones. Y aún no son estos *los demonios en el cuerpo,* que todo el mundo sabe perfectamente lo que son. Los *demonios encendidos* son los que todavía no han entrado en el cuerpo: aunque traten de entrar. De *los demonios en el cuerpo* tenemos, en cambio, una última, petulante versión científica, conocida de todos a través de la terapéutica que ha denominado su inventor Freud: el psicoanálisis; con el cual se acude a explicar las misteriosas relaciones psíquicas reduciéndolas a un denominador común, que, para Freud, es la sexualidad: pero como *entre sexualidad y sensualidad*—dije alguna vez—*no hay más que una X de diferencia, que es la incógnita por despejar,* nos encontramos con que esta incógnita—la X de sexualidad—no puede ser despejada más que por el Demonio: porque

detrás de esta X, como de toda X, que es una cruz, no puede estar más que el Demonio, no puede haber más que un demonio.

Y es que no es lo mismo tener idea del Demonio que tenerle sentido o que tener sentido del Demonio: un cierto sentido. Se puede no tener idea del Demonio y tener sentido de él: como se puede no tener sentido del Demonio y tener, en cambio, su idea: una idea; sólo que una idea aproximada: porque el que no tiene sentido del Demonio es porque no lo tiene *sentido,* porque no lo ha percibido nunca en sus sentidos, al Satanás bíblico, al tentador; y el que no ha sido tentado por el Demonio no podrá nunca tener una idea clara de él. Estoy por decir que ni del Demonio ni de nada; porque no tener sentido del Demonio es, sencillamente, no tener *sentido común;* ya que es el sentido común ese cierto sentido—sentido de lo cierto—que nos pone de manifiesto al Demonio.

A este *cierto sentido* del Demonio, por lo mismo que es cierto y no dudoso, es a lo que suele denominarse superstición. Por lo mismo que es cierto y no dudoso, porque la superstición es lo que está siempre en lo cierto: nunca en lo dudoso; en lo dudoso, lo que está es la fe. No es posible tener superstición de lo dudoso, como no se puede tener fe en lo cier-

to: por eso los supersticiosos, al no tener fe en Dios, lo que tienen es la superstición de Dios: porque tienen fe en el Demonio. No tener fe en Dios es creer en el Demonio: como tenerla, es no poder creer en el Demonio, sino tener la superstición, su legítima superstición, o la única superstición legítima, porque es la única auténtica. La superstición está siempre en lo cierto porque es, como si dijéramos, el tropezar de nuestra alma, por nuestros sentidos, con algo duro, infranqueable, impenetrable; tropiezan nuestros ojos con la oscuridad y no pueden vencerla: de este mismo modo, tropieza nuestro cuerpo, todo lo que sentimos nuestro ser en el tiempo, con la muerte: y estamos ciertos de la muerte aunque no nos hayamos muerto nunca, ni tengamos modos de morirnos provisionalmente para comprobar nuestra certeza, que se hace así, por esto, una superstición (una afirmación de lo insuperable que es como certeza). Y vivimos, así, sabiéndolo o no, en la superstición de la muerte: como vivimos, a sabiendas o sin saberlo, en la superstición del Demonio; y, lo que es peor, en la superstición del Infierno, que es la inmortalidad del Demonio: y la inmortalidad de la muerte.

La muerte es lo cierto; la vida es lo incierto, lo dudoso: la inmortalidad—dije alguna vez—. Ha-

brá, pues, que dejar, siempre, lo cierto por lo dudoso. Dejar lo cierto por lo dudoso es dejar la muerte por la vida, es dejar al Demonio por Dios: cambiar, en definitiva, la certeza por la fe. De la superstición del Demonio no se sale más que por la fe en Dios. La muerte, el Demonio y el Infierno, son las tres negaciones que se afirman con irrebatible certeza—y tomen la apariencia imaginativa que tomen o aun cuando no tomen ninguna—; son las tres negaciones que se afirman como certezas cuando no se duda de nada, y por consiguiente, cuando no se cree; cuando, por no dudar de nada, no se puede creer en nada: porque *en nada* no se puede creer. Por eso no se puede creer en el Demonio, sino tener certeza de él: tener su sentido y conocimiento concreto. Porque se puede creer en todo, que es lo dudoso, en Dios: y creer a fuerza de dudas. Pero no se puede creer en nada: que es lo cierto, el Demonio, con su infierno, que es la muerte inmortal: lo más cierto, lo único verdaderamente cierto de todo y del todo.

Cuando yo me muero—dice el incrédulo, que no es otra cosa que el crédulo, el supersticioso de la muerte—, cuando yo me muero, me muero, y *se acabó:* pues ese *se acabó* es el resultado del Demonio; ese *se acabó,* amigo mío, es, sencillamente, el Infierno: un Infierno voluntario y no representado;

un Infierno como voluntad y no como representación; un Infierno *a secas,* desnudo, absoluto. E irrepresentable, por lo mismo: por falta de imaginación; porque es un Infierno pura y exclusivamente *cierto,* sin duda alguna, ni siquiera la del más mínimo fingimiento o confabulación imaginativa: un infierno ideal; es el infierno de los suicidas, que son los carentes de imaginación, los mejores imitadores del Demonio; pues *si todo el que se suicida, se suicida* —como decía Stendhal— *por falta de imaginación,* todo el que se inmortaliza, lo hace, por el contrario, por sobra de imaginación; por fe, que arraiga en su total incertidumbre viva: en la propia y dichosa vida que tiene; en la imaginada apariencia luminosa de esa vida, que es su animación, que es su alma.

Por falta de imaginación se afirma todo lo que es nada, es decir, todo lo que es Demonio o del Demonio, o *Pandemoniun:* la muerte y el infierno, la muerte inmortal. Lo que pasa es que como queremos representarnos el Infierno cometemos la paradoja de creerlo imaginativamente dándole positividad a la negación. Por imaginación sobrante, por exceso de vida, se afirma todo lo que es de Dios, o divino, lo creído y lo creado, lo dudoso, lo incierto, lo vivo, lo animado, lo inmortal: y esto, precisa-

mente esto, que es la fe en lo creado o en lo que se crea, que es la fe en Dios, es lo que convierte en sombra, en humo, en nada, en vacío de superstición al Demonio: *pero esto solo;* porque, sin ello, sin la fe, sin la duda o las dudas, sin la viva imagen de todo lo divino en nosotros, sin esa luminosa semejanza creadora nuestra con Dios, todo se hace mudo y sombrío, todo oscuridad y silencio, todo certeza absoluta de la muerte. El reino plutónico del Demonio; la ausencia permanente de luz, de vida, de verdad, de Dios.

Si *todo lo demás* es silencio, como afirma Hámlet para morirse, es porque *ese resto,* ese *todo lo demás,* es nada, es la voluntad del Demonio. Llegar a ser nada de ese modo, morir, como vivir, así, sin que nos quepa la duda de nada, habiéndonos podido caber la fe de todo, es quedarnos solos definitivamente con el Demonio para siempre: es integrarnos o reintegrarnos en su negadora voluntad. Es cumplir un pacto sombrío. Y esto importa mucho. Porque en verdad,o de verdad, el hombre no está nunca solo: o está con Dios o está con el Demonio. La soledad del hombre sin Dios—que quería Nietzsche—no es otra cosa que el Demonio; no es otra cosa, en definitiva, que la mala compañía del Demonio.

Tenemos, pues, la superstición del Demonio com-

puesta de su superstición o su sentido, que es el que nuestro sentido común nos dice, y esclarecida o alumbrada de su conocimiento, cuando nuestra inteligencia nos ofrece, por desnuda de toda representación imaginativa que esté, *una certeza:* la de nuestra sombra, nuestra soledad, nuestra muerte... Una certeza viva: que es la certeza de la muerte.

...No debe sorprendernos el encontrar—escribe Bergson—*que nuestra inteligencia, apenas formada, fué invadida por la superstición: porque un ser esencialmente inteligente es naturalmente supersticioso: ya que sólo es posible la superstición en los seres inteligentes.*

La inteligencia, apenas formada, fué invadida por la superstición. Trasladando esta afirmación bergsoniana al puro lenguaje imaginativo tendremos la expresión bíblica del primer encuentro, en el Edén, del hombre con el Demonio. No en vano ha confesado un gran poeta católico contemporáneo: Paúl Reverdy, que él *encontró la fe por el laberinto de la superstición.* Efectivamente, no hay otra salida que la fe de este permanente laberinto supersticioso de nuestra vida: y el que no la encuentra vivirá constantemente intrincado, inteligentemente intrincado en este laberinto de superstición o supersticiones que es la vida misma: nuestra vida; las certísi-

mas redes mortales que nos tiene tendidas, en las que nos tiene cogidos, el Demonio.

No tener ni idea del Demonio, ni sentido alguno de él, suponiendo que haya algún ser humano que pueda encontrarse en un estado de desnaturalización, de deshumanización, de irracionalidad semejante, sería no ya no tener la capacidad vital de superstición indispensable para vivir, sino tener esta capacidad embotada o disminuída patológicamente, hasta extremos tan peligrosos para la misma vida, que, al que esto sucediera, se convertiría en un caso de clínica o de manicomio. Un ser humano sin superstición o sin supersticiones, sería un monstruo, un absurdo.

Tenemos los seres humanos naturalmente inteligentes, por el hecho mismo de serlo, entre muchas otras supersticiones, esta: la del Demonio, que, probablemente, las sintetiza todas; porque todas son formas múltiples y diversas del Demonio mismo, todas se unen en la misma sombría certeza tenebrosa que las engendra.

Teniendo como tenemos por sentido común y por la natural formación intelectual de nuestra conciencia, una clara y oscura, una claro-oscura, superstición del Demonio, tendremos sentido del Demonio e idea del Demonio a poco que profundice-

mos en nosotros mismos, en nuestra conciencia y representación de la vida. Pero esta idea y este sentido del Demonio, no están limitados por nosotros a una forma exclusivamente personal y, en cierto modo, intrasferible, como lo estaban, por ejemplo, para Sócrates. Aunque tengamos un demonio nuestro, como lo pretendía tener el griego, y por mucha familiaridad que lleguemos a tener con él, como al filósofo le sucedía, este demonio nuestro, este demonio familiar nuestro, no es, en definitiva, más que nuestra superstición del Demonio mismo; no es más que nuestra personificación del Demonio, nuestra idea y nuestro sentido propios del Demonio, o la idea y el sentido comunes que nos hemos apropiado nosotros, supersticiosamente. Pero es que nosotros vivimos socialmente; estamos en una sociedad o agrupación humana que nos arraiga, por dentro y por fuera, en el tiempo y en el espacio; y no estamos en sociedad, sencillamente, sino que esa sociedad en que estamos está ella a su vez en nosotros, como es cosa sabida y, a veces, de puro sabida, olvidada. Tenemos, sí, nuestro Demonio, como el griego; pero en nuestro Demonio, como en el socrático, están todos los demonios comprendidos: razón por la cual, ése, nuestro Demonio, más o menos familiarizado con nosotros, según la atención que le

hayamos dado en nuestra vida, como más o menos sociable, es, *él mismo*, todos los demonios; esto es, que es, sencillamente, simplemente, el Demonio; *el mismísimo Demonio:* él y no otro; *el Demonio en persona.*

La personalidad del Demonio puebla el mundo, dramáticamente, con su nombre. Su reino es de este mundo: más suyo que nuestro. Y más, probablemente, allí en donde la superstición o supersticiones naturales han ido siendo sustituídas por otras científicas o artificiosas. De las primeras, se decía que eran una cosa del Demonio; de estas otras, artificiales o cientificistas, más intelectuales y por consiguiente, más puras, no se dice, pero lo son. Efectivamente, el concepto mismo de la superstición, inseparable de la inteligencia, es inseparable del Demonio, que es, en definitiva, el objeto de toda superstición: el principio, la causa y la unidad de todas las supersticiones. Por eso, a través de todas las supersticiones surge la personalidad del Demonio: personalidad que en las supersticiones populares se hace dramática porque precisamente la popularidad del Demonio consiste, como toda popularidad, en una teatralización. Esta personalidad dramática del Demonio puede decirse que decae en su populari-

dad, sin que se quiera decir con ello que la personalidad del Demonio haya decaído en la imaginación popular, sino que no ha encontrado, en aquel momento, su dramatización o teatralización adecuada. En la Edad Media, en el Renacimiento, la superstición del Demonio tuvo constante y adecuada teatralización, y, por consiguiente, popularidad: también en el Romanticismo. En esas épocas, la personalidad del Demonio va unida, dramáticamente, a la representación popular cristiana de la muerte y del infierno. El Demonio, la muerte y el infierno, cambian en el tiempo, o con los tiempos, su figuración dramática popular, su teatralización humana; pero, a través de esas pasajeras máscaras de su aparente inmortalidad, nos revelan una fisonomía siempre idéntica e inmutable. Desde las más lejanas y oscuras raíces de la mentalidad primitiva hasta la del hombre contemporáneo que se tenga por más ilustrado y más culto—y pueda repasar con la mirada todas esas civilizaciones de cuya herencia se envanece—, llegan, a la evocación de estos nombres: Demonio, Muerte, Infierno, las imágenes o figuraciones de algo que siente arraigado profundamente en lo más hondo de su ser: porque son las raíces mismas que le sostienen y mantienen bajo ese suelo de su vida terrena que es el subsuelo infernal de la muer-

te. La única certeza de su vida la adquiere el hombre, como pensó Claudio Bernard, por la muerte: *la vida es la muerte*, según la definición científica del gran inventor de la medicina moderna; es decir, que la certeza viva de la muerte nos rodea mientras vivimos, acechándonos constantemente de sus males: el dolor, la enfermedad, el accidente... Y más allá, si ninguna fe viva despierta en nosotros la esperanza, sólo nos queda el perderla definitivamente como a la entrada del Infierno dantesco: sólo nos queda la muerte inmortal, que es el infierno. Y todo esto, para la superstición popular ha sido siempre, en todas las religiones conocidas, cosas o cosa del Demonio: causa primera de él, y de este modo, su finalidad misma. Podremos desnudar de imágenes, de sus disfraces diferentes, esas distintas representaciones que la superstición popular nos ha dado de la personalidad dramática del Demonio: siempre, y aunque no lo queramos, aún por la puerta misma de la ciencia, o de las ciencias positivas, entraremos en el laberinto de sus redes; porque, a sabiendas o no, si una fe viva no nos salva, viviremos muriendo; viviremos, si no podemos creer en otra cosa, en la certeza de la muerte, de nuestra muerte, que es, sin otra esperanza, la certeza misma del infierno: la superstición del Demonio. O habrá que buscar y *en-*

contrar la fe por el laberinto de la superstición. Ya que no hay otra puerta (evangélica *puerta estrecha)* que la fe, para salir de este laberinto supersticioso de nuestra vida, este laberinto de supersticiones que es nuestra vida. Por eso, el que ha perdido su fe, o el que nunca la ha tenido, se pierde supersticiosamente en la vida y pierde su vida en la superstición infernal de la muerte. Nos conviene mucho traspasar las fronteras poéticas de la superstición religiosa popular para llegar a pisar el terreno firme de la certeza que la superstición científica nos ofrece: porque en ella podremos encontrarnos cara a cara con el Demonio: con la superstición del Demonio, que es la superstición de la muerte y la superstición del infierno.

UNA verdadera superstición científica es la de la moral: la del saber, o del sabor, de la moral, como *ciencia cierta:* la de la certeza moral; la certeza moral de la ciencia como la certeza científica de la moral.

Nos dice Zeller que el principio fundamental de la moral socrática puede considerarse contenido en esta fórmula: *la virtud es una ciencia* o *un saber.* Una ciencia cierta: un saber del bien y del mal *a ciencia cierta.* Lo que le prometió la serpiente o el Demonio hablando por boca de serpiente a Eva y a Adán en el Paraíso; lo que les hizo adquirir el conocimiento o la certeza moral de que estaban desnudos, perdiendo el sentido poético más puro: la ignorancia y razón de estarlo. Al adquirir la *ciencia cierta* del bien y del mal, aprendieron a conocerse a sí mismos, como quería y enseñaba el endemoniado Sócrates: el fundador de la endemoniada sabiduría del bien y del mal, de la moral científica. Esta moral o ciencia

de la moral es lo que pudiéramos llamar, paradójicamente, el Paraíso del Demonio: el Paraíso terrenal que se hundió en los infiernos por la certeza del saber moral, que es el sabor del fruto prohibido. Y este paraíso del Demonio, que no puede ser otra cosa que el Infierno, es el que el sentido común popular entiende imaginativamente sostenido por nuestras buenas intenciones. *De buenas intenciones está empedrado el Infierno*. Y así es: de intencionalidad moral de lo que el Infierno se sostiene o se sustenta. No hubo nunca, por eso, mejor predicador de moral que el Demonio; y es que, probablemente, toda ética o sistema de moral—en definitiva, de saber del bien y del mal *a ciencia cierta*—no suele ser nunca otra cosa más que eso: una mala invención del Demonio, una mentira suya: la de la certeza moral o científica, que es siempre la trampa por donde el Demonio atrapa al hombre. El propio endemoniado Sócrates—más cauto y más sagaz que el demoníaco o cientificista Kant, que bautizó al Demonio pedantescamente, y sin saberlo, con aquello del *imperativo categórico:* como si pudiera haber en el mundo otro imperio más categórico que el del Demonio—, el mismo Sócrates, el endemoniado, con su *conócete a ti mismo,* no hizo más que enseñarnos, señalarnos irónicamente la profunda trampa moral por donde se

le escapaba el Demonio: el escotillón escénico de su burla. *Conócete a ti mismo* es el método racional de la certeza moral, que quiere decir, sencillamente, esto otro: conoce al Demonio; aprende a conocer al Demonio. No fué después de todo, o mejor dicho, antes de nada, el *conócete a ti mismo,* no ya el pecado original del hombre por la mujer, que es el de la mujer por el Demonio, sino el pecado original del Demonio, o sea el pecado del Angel que originó al Demonio. La Luz que se volvió a sí misma o contra sí misma, para conocerse: por lo que, vuelta de espaldas a Dios, creyendo bastarse a sí sola para ser lo que era: luz, se volvió sombra: luminosa voluntad de la sombra. En una palabra: el Demonio.

Conocerse uno a sí mismo es como el morderse la cola de la serpiente: es el eterno afán serpentino a que condenó Dios al animal en que se expresaba la tentación humana del Demonio. Por eso la moral, angustia serpentina del hombre—del hombre remordido por el pecado a que le llevó la propuesta satánica de la mujer por la serpiente—, la moral como sabiduría de la virtud, como *ciencia cierta,* es una cosa del Demonio: y no como ha solido decirse por los moralistas, más o menos endemoniados, causa de él. Es el Demonio causa de la moral y no al contrario: porque no es la moral la que hizo o hace

al Demonio, sino el Demonio el que hace o hizo la moral. Empezando, naturalmente, por el traje, por la tragedia: por vestir el cuerpo humano desnudo con la vergüenza de la culpa. La culpa fué, es y será siempre del hombre: pero la ciencia cierta de la moral, la sabiduría de la culpa, ha sido, como es y como será siempre, del Demonio. Por eso la conciencia nace de la culpa. Los límites de la conciencia humana, de la claridad de la conciencia, están señalados, dibujados por la sombría presencia marginal merodeadora del Demonio. La conciencia está determinada o definida por la presencia permanente y tentadora del Demonio. Esta oscura ansiedad del espíritu por la acechanza demoníaca es la que pone al hombre en tan viva evidencia mortal, al ponerle en situación crítica de certeza. La que subraya el ímpetu creador de su fe aprisionándolo tenebrosamente de superstición, de supersticiones.

Hay también una superstición moral de la poesía, de las artes poéticas, como ha habido una superstición poética y estética de la moral. Todo por obra del Demonio.

Comentando los relampagueantes aforismos de Blake en las *Bodas del Cielo y del Infierno,* ha dicho André Gide que no hay obra poética, artística, ver-

dadera sin la colaboración del Demonio: sin el subrayado sombrío de la negación crítica que la afirma. *Yo soy aquel,* dice el Mefistófeles de Fausto, *que negándolo todo, todo lo afirma.* Pero este Mefistófeles de Goethe no pasa de ser una mala caricatura literaria del Demonio. Goethe, hombre de letras—*el héroe como hombre de letras,* le llamó Carlyle—, de letras, no de espíritu, ni de espíritus, en su dilentantismo científico y poético, incurrió en grave pecado de humorismo por eludir supersticiosamente, sin saberlo, la superstición natural y sobrenatural del Demonio. El pecado original del humorista, de cualquier humorismo, es el de no ver más allá de sus propias narices. *Si todas las cosas fueran humo, las conoceríamos por las narices,* decía Empédocles. Al humorista le da en la nariz el tufillo de la chamusquina de infierno con que la superstición popular o teatral envuelve la figuración personal del Demonio. A Goethe le dió en la nariz, de ese modo, teatralmente, figurándose que con eso eludía la terrible batalla que todo verdadero creador imaginativo, todo verdadero poeta, tiene que tener con el Demonio.

Y es que el humorista monta sobre su larga o corta nariz los cristales ahumados con que mira, velándose los ojos con ellos para no deslumbrarse por la luz de ningún fuego del que cualquier humo pre-

cursor le advierta. *Ni al sol ni a la muerte se les puede mirar con fijeza,* dijo el malhumorado La Rochefoucauld. Por no poder ver al Demonio, por no mirarle—por no contar con él, en definitiva—, se frustraron grandes creaciones, grandes o pequeñas, pero creaciones: obras de poesía. La colaboración del Demonio es oponerse a ellas; es oponerse a que una creación se haga; pero esta oposición misma es la que sirve, por su resistencia, de apoyo a la obra creadora. Sobre el blanco caótico del papel, la línea levísima del trazo de una sombra ilumina un volumen imaginativo cósmicamente. Porque hasta el mismo humo—decía Ingres—se tiene que expresar por un trazo. Hasta el mismísimo humorismo se tiene que señalar o significar por el Demonio.

No hay obra poética verdadera en la que no podamos percibir claramente como enigma de su vitalidad esta ineludible oposición espiritual del Demonio. El poeta que prescinde de ella, se queda solo, sin poesía; y tiene que sustituirla por otra clase de invención que es una simulación de poesía. Acaso no sea otro que este el origen imaginativo de la novela; del novelar; de toda clase de novelerías. El dramatismo espiritual de *Don Quijote* empieza a las puertas del Infierno: donde lo abandonó Cervantes; quien, por ferviente y auténtico catolicismo, tuvo

que salvar al *bueno* de *Alonso Quijano,* condenando a su sombra quijotesca a que vagase eternamente sola por el peor de los infiernos posibles; por los suburbios infernales de la muerte; más allá o más acá, pero fuera del orden divino. El secreto vivo de la espiritualidad católica de la obra de Cervantes es este fracaso de poesía en que la novela se entraña. Por eso es la novela de las novelas, verdaderamente: porque es la novela de la novela; la novela del novelar; la conciencia misma del novelar, del alma de la novelería o caballería más endemoniada. Al Demonio se le dice por el pueblo en Andalucía, como a *Don Quijote: el Caballero, ese Caballero.*

Toda gran novelería o caballería andante del pensamiento lleva *en sus entrañas dibujada* una viva imagen del Demonio: la figura de su caída angélica. Una poesía, una creación frustrada, es eso precisamente y eso solo: la figuración dramática o melodramática del adversario de toda creación divina: el rostro luminoso de la sombra.

Cuando Víctor Hugo, por novelista fracasado —todo lo contrario de Goethe y de Cervantes—, esto es, por poeta triunfante, levantaba la fantástica figuración de su *Leyenda de los siglos,* alzándola como un muro contra el Demonio, proyectaba sobre ella, sobre ese muro, ese lienzo o sábana cinematográfica

de sus visiones, la íntima lucha angélica de la poesía eterna. Trasfiguraba el novelar en poesía, en creación imaginativa. Por eso le llamó a ese sueño, a esa creación imaginativa de su pensamiento, en un verso admirable: *una inmovilidad hecha de inquietud*. Esa *inmovilidad hecha de inquietud* es la forma de una poesía en que como en la griega por Apolo y Dyonisos se conjugan divinamente la luz con la sombra. Esta lucha invisible del mundo angélico y el demoníaco, que era para los griegos la razón única de ser de la poesía, en todas sus artes, como en todas sus partes, se nos revela, efectivamente, como el íntimo secreto entrañable del pensamiento imaginativo, de la imagen poética del mundo. En uno de los mejores lienzos poéticos del viejo Brughel se nos representa como asunto la lucha angélica: la caída de los ángeles rebeldes, que es el trasunto espiritual invisible de toda verdadera poesía en cualquiera de sus formas artísticas: música o pintura. *Una inmovilidad hecha de inquietud* es la paz o la guerra que envuelve como un sudario en su misterioso y enigmático ser al pensamiento cuando éste se expresa en imágenes, por el aire y la luz, por la palabra o la pintura o la música, lenguajes o lenguaje al que llamaba Blake del Paraíso: del Paraíso perdido.

En la pérdida del Paraíso acaba la poesía y empieza la novela del hombre. Por la importancia, la influencia, que en su vida toma el Demonio. Todos los lenguajes paradisíacos, poéticos, creadores, se pueden hacer igualmente de novelería o novelerías: por la palabra como por la música o la pintura. Por el aire y la luz. Así ha habido también grandes novelistas en pintura y en música, grandes poetas frustrados: un Wagner o un Verdi o un Puccini, como un Velázquez o un Rembrandt o un Goya.

Por no alargarme en seguir al Demonio por los aires, por el sonido, por la música – que es por donde con más facilidad se nos escapa: entrándonos por un oído para salirnos por el otro; robándonos la fe si puede, de paso –, fijaremos la atención brevemente en ejemplos plásticos. En la pintura o pinturas que digo novelescas o poéticamente frustradas, la de Rembrandt, la de Velázquez, la de Goya, el Demonio se encara o se descara o se enmascara o desenmascara luminosamente. Mientras que en la pintura de Rembrandt se emboza o enmascara de luz por la sombra, para ocultar su voluntad sombría, la oscura apetencia celeste de su ser profundo, en la de Velázquez, por el contrario, se encara o se descara o desenmascara, desembozándose de su propia sombra por la luz, trasparentándose en el aire en el que

el pintor, mágica, prodigiosamente, le refleja o le retrata. No quisiera escandalizar demasiado afirmando que el famoso Cristo crucificado de Velázquez es, a mi parecer, un vivo retrato del Demonio, su más vivo retrato. El Demonio, que estaba detrás de la cruz, en su sitio, se le pone al incrédulo pintor por delante y éste lo pinta con tan endemoniada exactitud, que da miedo. Milagro del Demonio es ese dorado Luzbel crucificado. Salgo al paso de los creyentes recordándoles que muchísimas veces en la historia se apareció a los santos el Demonio de esa manera. En un estupendo libro español del xvii, el *Tribunal de superstición ladina* del canónigo Gaspar Navarro, se nos dice a este propósito: *que este enemigo de Dios y del género humano, Satanás, se trasfigura en ángel de luz para engañarnos, y tiene tantos embustes que a San Antonio se le apareció en forma de Cristo crucificado. Y como refiere San Antonino, en una ocasión apareciόse en forma de la Madre de Dios; y esto, para engañarlos, si pudiera, y con aquellas ficciones derribarlos del estado de gracia y amistad de Dios.*

El truco famoso de Velázquez, el mechón de pelo sobre el rostro, sobre la cara de Dios para taparla, cumplía con descaro tramposo la voluntad engañosa del Demonio. Porque cara a cara nos es-

camotea endiabladamente Velázquez la figura de Cristo, pintándonos ese demonio dorado, ese *ídolo bello* que es la más terrible profanación de Cristo que se ha hecho, el más satánico sacrilegio espiritual, religioso y poético que conozco.

Cara a cara nos la quiere escamotear también, la divina figura, Goya. Sólo que más torpe el aragonés que el andaluz, consigue únicamente que la *trampa se vea:* ofreciéndonos, sencillamente, a un majo desnudo y crucificado. Y es que Goya, por más valiente que Velázquez, se dejó coger por el Demonio, cuando no sabía o no podía hacer otra cosa. Porque Goya, voluntario o caprichoso genial, pintó como quiso, y como lo que quiso era pintar en aragonés, con el corazón en la mano, y como con el corazón en la mano se pinta muy mal, pintó como quiso el Demonio. Así Goya no supo ante el lienzo en que trataba de pintar al Hombre Dios, hurtarle el cuerpo al Demonio: y se dió entero y a su parecer verdadero, y de ese modo, tan natural, endemoniaba la imagen de Cristo, como de modo sobrenatural la había endemoniado Velázquez. No hay que ser creyente ni supersticioso siquiera para comprender que la aérea pintura clara de Velázquez, o la claro-oscura de Rembrandt, o la oscura de Goya, son unas pinturas del Demonio: porque son una

trampa ilusoria de sombra y luz en un juego escénico que es un juego de escarnio celeste. Son una burla de todos los demonios: una burla de ellos, de los demonios, que fingen una creación espiritual donde no la hay: que es todo lo contrario que sucede cuando en la creación poética triunfan o se burlan los ángeles. Si después de mirar los lienzos de Velázquez y de Goya, en el Prado, nos detenemos ante el *Adán y Eva* del Tiziano, comprenderemos en seguida en lo que la victoria angélica consiste. En el lienzo del veneciano son los ángeles los que le han hurtado los cuerpos humanos al Demonio: son los ángeles los que le birlan y le burlan al Demonio; porque en esta lucha espiritual están los ángeles con el Demonio en una situación geométrica equivalente a la que tienen en la plaza los toreros y el toro. La proyección imaginativa de esta lucha es la de una trágica burla que hacen del Demonio las inteligencias angélicas; que esto es lo que se nos dice del Demonio en las Sagradas Escrituras, en el *Libro de Job,* cuando nos habla del Demonio diciendo: *que es la primera o principal criatura que hizo el Señor para que se burlasen de ella sus ángeles.* La verdadera invención poética es una burla angélica del Demonio.

Sabemos que, una vez, se le apareció el Demonio a San Atanasio para quejársele de Dios porque

consentía que se burlasen de él hasta los niños. No hay arte poético, se diría, pintura, música, poesía, no hay verdadero arte poético que no sea este juego angélico de birlar o burlar al Demonio, como en los juegos infantiles: burlar y birlar al Demonio el cuerpo y el alma. Burlarse del Demonio es cosa de poesía, porque es cosa de niños y de ángeles: de inteligencias puras, de criaturas espirituales. Por eso, cuando el poeta, el pintor o el músico, los creadores imaginativos que manejan esos lenguajes espirituales o inteligentes puros, paradisíacos, no burlan al Demonio, birlándole como los ángeles, el Demonio se burla de ellos, birlándoles su pintura, o su música, o su poesía: los burla quedándose con ellos: quedándose con su pintura, o su música, o su poesía.

Pero burlarse del Demonio no es cosa de broma: los que verdaderamente se burlan del Demonio, que son los niños y los ángeles, son los que no lo toman nunca en broma. Ningún arte verdaderamente poético – que es o se hace *como los niños* siguiendo la palabra evangélica: que es hacerse como los ángeles –, ningún arte verdaderamente poético toma al Demonio en broma. Burlarse del Demonio no es cosa de broma, sino de veras, ¡y tan de veras!: como de burlas; de veras y de burlas. Que esto es lo que

hace el pueblo como creador infantil imaginativo que es: burlarse *de veras* del Demonio. Porque el pueblo sabe, como el poeta y como el niño, que burlarse de veras del Demonio es hacerse como los ángeles: ganar el cielo; o sea: salvar el arte, que es salvar el alma: graciosa y angélicamente. Como el torero sabe que burlarse verdaderamente del toro, burlarse de su oscura embestida impetuosa es también salvarse del todo: salvar el cuerpo y salvar la vida.

Efectivamente, ninguna creación imaginativa del hombre se hace ni se ha hecho sola: sino según la voluntad de Dios o la del Demonio. Toda verdadera creación o poesía lo es porque se hace contra el Demonio, adversario de toda creación humana o divina. Y esto lo sabe el hombre en cuanto es hombre: que es lo mismo que decir que lo sabe en cuanto es pueblo o en cuanto es niño. Todas las creaciones imaginativas humanas son una burla y birla angélica del Demonio, a quien, por eso, era costumbre del pueblo infantil o católico español sacar teatralizado por las calles, entre mangas y capirotes, sacándolo en las procesiones como grotesca figuración de Dragón bíblico; respondiendo así el pueblo católico español, espiritualmente, por la fe, con su hondo pensar y sentir analfabeto a las palabras proféticas

del salmista en las que se nos dijo del Demonio: *este es el Dragón que formaste para burlarle.* Y por cierto que en el texto hebreo está dicho de este otro modo: *este es el Leviatán que formaste para que jugara con el mar.* Que éste, sin duda, es el mismo Dragón que vió San Juan en su *Apocalipsis,* persiguiendo por el mar y la tierra a la mujer a la que no conseguía atrapar por ningún lado: por lo que, cansado de seguirla o perseguirla, se quedó parado, y en seco, como si dijéramos; se quedó en la playa esperándola: *y se paró*—dice el apóstol—*sobre la arena de la mar.*

Con las arenas de la mar nos cuenta los días y las horas—las horas muertas—el Demonio.

JOSÉ BERGAMÍN

Este trabajo fué leído en la *Residencia de Señoritas,* de Madrid, en mayo de 1932.



Anecdotario incompleto de Don Luis de Góngora

Anécdota e historicidad. Carácter. Fama.

Lo picante entre lo agudo. Buñuelos. Lope y Góngora.

Las cuatro patas de la m. *El ánima en un hilo. A otro perro con ese hueso. Tres versiones de una gran nariz.*

Chistes y cuentos de dudosa autenticidad.

AL publicar una corta copia de anécdotas referentes a D. Luis de Góngora soslayo deliberadamente el primer problema que, acaso, debiera plantearme: la historicidad de las anécdotas reunidas. Dilucidarla sería interesante, y las decididamente auténticas nos ayudarían a mejor conocer el verdadero carácter del hombre. Ninguna delación más eficaz que estas menudas espontaneidades: de ellas gustamos usar para mejor penetrar los recovecos del carácter de las gentes, y constantemente las invocamos como documentos vivos, como testimonios expresivos, que den autenticidad y color a nuestras versiones.

Poseemos, por fortuna, bastantes rasgos de la semblanza moral de Góngora, y a su contorno, si no total, suficientemente definido, debemos acoplar los dichos o sucedidos que transcribo. Los más congruentes, y que conocemos por testimonios contemporáneos, deben aceptarse como datos útiles para,

bien subrayando trazos, bien acentuando sombras, mejor definir el carácter del poeta, y animar con sus sales la imprecisa semblanza. Otros casos que copio no pueden tener pretensión alguna de historicidad, pero les considero interesantes, pues nos proporcionan idea de la que tenían del carácter de D. Luis en la época en que la anécdota nace y se propaga.

Este género de vida póstuma en la fama y en la memoria de las gentes es inevitable para los varones ilustres, y aun desviándose el sesgo auténtico de su carácter éste sigue desarrollándose, logrando un acrecentamiento anecdótico no de verídicos rasgos instructivos de lo que el varón ilustre fué, pero utilísimos como piedra de toque para estudiar en lo desviado los rasgos que más importaban a cada generación posterior, o en lo deformado y nuevo una huella auténtica de la sensibilidad de los que propalan la anécdota.

En esta doble consideración creo que es útil reunir estos relatos de dichos y sucedidos que en su insignificancia alumbran la vida del poeta, y su supervivencia en la memoria de los que le siguieron. Pero antes, con toda honradez, quiero declarar la precaria bibliografía de que me he servido, y que se reduce a la *Floresta* de Melchor de Santa Cruz, y su continuación por Francisco Asensio; los *Dichos céle-*

bres y agudos de D. Luis de Góngora, incluídos por Miguel Artigas en su gran biografía del poeta como apéndice; los *Cuentos,* de D. Juan de Arguijo, que Paz y Meliá publicó en sus *Sales españolas,* y la tardía miscelánea *Deleite de la discreción y fácil escuela de la agudeza,* del Duque de Frías. He utilizado además el comentario de Faria y Sousa al gran poema de Camoens, arsenal de noticias, más que de doctrina literaria, no bastante explorado, y las obras generales que en el transcurso del texto se mencionan.

La fama del gran ingenio de Góngora corrió muy desde el principio de su vida. Entre todos los testimonios de ello merece el primer lugar, por lo expresivo tanto como por la autoridad del testigo, el del gran historiador Ambrosio de Morales. Nos ha sido transmitido por conducto tan severo como Vaca de Alfaro, en sus *Varones ilustres en letras de Córdoba.* Cuenta que era tanto el despejo y talento de D. Luis cuando escolar, que Ambrosio de Morales, sorprendido por sus agudezas, solía decirle: *¡Qué gran ingenio tienes, muchacho!*

Fué siempre mayor la fama de su despejo que la de la solidez y fuste de sus estudios. El propio Pellicer, tan celoso de la gloria de D. Luis, lo deja entrever en sus informaciones, que son más bien di-

tirambos. «Llévese en Salamanca – escribe en su *Vida mayor* – el aplauso y los ojos de la admiración y la envidia, haciendo a D. Luis más bien visto que a muchos y más singular que a todos, la nobleza, la gala, el lucimiento y el ingenio, que desahogándose empezó con el donaire, por el despejo, pasándose de lo bizarro a mostrar entre lo picante lo agudo: con que fué adquiriendo el título de primero entre catorce mil ingenios que se describían o matriculaban en aquella escuela entonces...; obedeciendo a su natural se dejó arrastar dulcemente de lo sabroso de la erudición y de lo festivo de las Musas, que en años tan tiernos parece que le criaron como a Hesiodo, o que nació en su regazo como ya se decía de Sidonio Apolinar. Con este divertimiento mal pudo granjear nombre de estudioso ni de estudiante; pero él trocaba gustoso estos títulos al de erudito, el mayor de los de su tiempo, con que empezó a ser mirado y aclamado con respeto.»

Precisamente a que no pudiera ser llamado estudiante ni estudioso alude sin duda Lope de Vega cuando escribe: «De sus estudios me dijo mucho Pedro Liñán, contemporáneo suyo, en Salamanca». Miguel Artigas, que cita esta alusión de Lope, comenta: «nos deja con el deseo de saber qué le dijo, y si lo que le dijo era bueno o malo». Si no parece

bastante para deducir lo transcrito de Pellicer, sirva el siguiente testimonio de Faria y Sousa, nunca creo que invocado, que no deja lugar a dudas sobre lo que de los estudios de D. Luis se pensaba entonces. «Jorge de Montemayor, D. Luis de Góngora y el Conde de Villamediana, apenas olieron los estudios, y fué bastante la fuerza del ingenio a hacerles plaza...»

Pero si esta unanimidad había para suponerle poco estudioso, la misma debió haber para ponderar su ingenio. La siguiente anécdota que nos ha transmitido el propio Faria y Sousa, sobre graciosa, se hace eco de esta fama de D. Luis. «Procurando un caballero entendido el lugar de Capellán del Rey para D. Luis de Góngora, y proponiéndole a cierto ministro, le respondió: —Mucho desearía servir en esto a V. S., pero no sé si es a propósito un poeta para este lugar; y acudió el padrino: —Por ventura hay estatuto que mande que todos los capellanes de Su Magestad sean tontos?»

De los dichos ingeniosos que se atribuyen a don Luis los hay de muy diverso carácter, tan diverso como la cultura y humor de las gentes entre quienes corren, pero en la perpetuación de todos se ve patente la intención de destacar, como diría Pellicer, *lo picante entre lo agudo*.

Insuperable finura crítica e intención poco benévola tiene el siguiente juicio sobre los versos de las comedias de Lope de Vega, que comprueba lo limitado de la admiración que siempre tuvo por el Fénix. «Los versos de Lope de Vega, en sacándoles del teatro, son como los buñuelos, que, en enfriándose, no vuelven a tomar la sazón de antes aunque los vuelvan a la sartén.» La comparación de versos y buñuelos pudo encontrarla en el propio Lope, si bien la consecuencia y aplicación son de la exclusiva responsabilidad de D. Luis. Con efecto, Lope en la jornada o acto segundo de su *Fuente Ovejuna* hace decir a un rústico malicioso:

¿No habéis visto un buñolero
en el aceite abrasando,
pedazos de masa echando
hasta llenarse el caldero?

¿Que unos le salen hinchados,
otros tuertos y mal hechos,
ya zurdos y ya derechos,
ya fritos y ya quemados?

Pues así imagino yo
un poeta componiendo,

la materia previniendo
que es quien la masa le dió.

Va arrojando verso aprisa
al caldero del papel,
confiado en que la miel
cubrirá la burla y risa.

Mas poniéndolo en el pecho,
apenas hay quien los tome;
tanto que sólo los come
el mismo que los ha hecho.

El contraste entre la facilidad fragantísima de Lope y la manera trabajada y metálica (por brillo y por consistencia) de D. Luis, se ilumina con este juicio, haciéndose patente lo que a Góngora parecía menos estimable en el arte del gran dramaturgo.

No tienen tanto valor, pero sí poca menos curiosidad, los siguientes dichos agudos, que por referirse a personas concretas y determinadas quiero reunir en este lugar. He aquí el primero que alude a Paravicino, el gran predicador, el discreto poeta *Félix de Arteaga*. «Pidiéronle que fuera a ver al Padre Fray Félix Ortensio, y dijo: —Dejemos dar gatera a los

despachos; por los muchos negocios a que asistía; y por el mismo Padre dijo: —Grandes ballestas piden grandes gafas.»

Por alguna anécdota característica que de él conservamos puede deducirse que fué personaje extravagante, y aun loco, el pintor y poeta Pablo de Céspedes. A él se refiere este gracioso dicho de Góngora. «Pablo de Céspedes, racionero de Córdoba, gran pintor, y tan perdido que se andaba fuera de su iglesia vestido de pardo, pintando sólo por gusto en Sevilla y otras partes, y así decía de él D. Luis de Góngora que cada año perdía 1.200 ducados a pintar.»

Siguen anécdotas referentes a diversas personas. «Cuando dieron a D. Alonso de Guzmán el Arzobispado de Tiro, dijo que era hacerle tiro todo lo que no era hacerle capellán del Rey, a quien va anejo el Arzobispado.»

«A doña María Bocanegra, su devota, le preguntó su edad, y ella respondió: —Veintidós años cumplí el día de la Santísima Trinidad. D. Luis le dijo: —Suplico a V. m. me preste esa carrocita de la Santísima Trinidad que en un año entero no da un paso, sino se está en su punto.»

«Fueron a darle el bienvenido a D. Luis por su Iglesia el canónigo Amaya, hombre muy enjuto de

carnes, y el Arcediano Camelas, por extremo gordo, y díjoles D. Luis notando sus partes: —Por entrar yo en Córdoba, señores míos, no ha entrado la Cuaresma, aunque me den la bienvenida el martes de Carnestolendas y el miércoles Corvillo.»

«Iba rigiendo la procesión del *Corpus Christi* el jurado Baena, en Córdoba, y muy impaciente de que no hiciese lugar el pueblo, comenzó a empujar a unos y a otros, repitiendo y diciendo a cada uno: —Cuerpo de Dios con el cuerpo de Dios. Con él estaba presente D. Luis de Góngora, y dijo: —¡Por Dios que los comulga!»

Algunos de los dichos ingeniosos que se le atribuyen son de tan fina calidad, que todo el progreso de la delicadeza y todo el afinamiento de la sensibilidad no han sido suficientes para hacer anacrónica su gracia, su virtud de agudeza plenamente actual. He aquí un dicho que nos ha transmitido don Juan de Arguijo, y que el propio Ramón Gómez de la Serna—el más original de nuestros humoristas—se honraría prohijándole entre las más finas de sus *greguerías*. «Oyó D. Luis de Góngora una misa a un Padre de la Compañía que en la última *eme* de las palabras de la consagración, *corpus meum*, se detuvo mucho, y dijo: —Esta es la primera *eme* con cuatro patas que he visto en mi vida.»

Por el propio conducto de Arguijo conocemos el siguiente, mezcla de requiebro irónico y de delicadísima agudeza. «Hacíase aire con un abanico una dama de muy moreno color, y díjole: —Sople V. m. pasito, no se encienda el tizón.»

No ceden en agudeza a los transcritos los que siguen procedentes de la serie de *dichos agudos de don Luis* que he citado.

«Cuando fué a Salamanca a dar el parabién por su Iglesia de Córdoba al obispo electo de ella, estuvo desahuciado, fuéle a visitar, y díjole: —Sr. D. Luis, tenga buen ánimo y dígame cómo le va de esperanzas. Respondió: —Señor, las esperanzas como maromas, y el ánima en un hilo.» La enfermedad a que esta anécdota se refiere, dejó su huella en la obra de D. Luis, el conocido soneto,

Muerto me lloró el Tormes en su orilla...

«Deseosa una dama de oír hablar a D. Luis, y cansada de solicitarlo y persuadirle a ello, le dijo a otra: —Amiga, hablad vos, que yo soy cuerda y estoy ya ronca. Dijo D. Luis: —Cuerda y ronca, de rozada es; aludiendo a la cuerda de la vigüela».

En los dos siguientes dichos una irreverencia castizamente española se adivina en su zumba. «Preguntó en su Iglesia si había sermón, y respondiéron-

le que era de tabla. Replicó D. Luis: —Pues a predicador de tabla, oyente de banco; y fuese.»

«Llevándole la reliquia de San Alonso que está en el convento de San Pablo de Córdoba, en la enfermedad de que murió, después de habérsela tocado, le preguntaron si la tocarían a los circunstantes. Respondió que no, porque diría el médico: —A otro perro con ese hueso. Hallóse presente el P. Cristóbal Serrano, que fué a llevarle la reliquia.»

Si es auténtica la anécdota que sigue, apunta a un aspecto de la intimidad de Góngora no destacado suficientemente, sin duda por sus protestas, al parecer sinceras, ya que sus declaraciones más lindan con la desvergüenza que con el disimulo. «Quejábase una dama con quien había tratado, y decía: —Ya, Sr. D. Luis, no gusta de mí V. m. Respondióle: —Mi Señora, no gusto de fruta enxerta, era V. m. ciruela endrina, después lo fué de fraile, y ahora lo es harta bellaco. Esta dama era monja devota suya primero, luego de un fraile y después de un seglar a quien regalaba con extremo.» Acaso la anécdota no tiene un alcance liviano. Recuérdese que en sus conocidas declaraciones ante el obispo Pacheco tan sólo dijo «que ni mi vida es tan escandalosa, ni yo tan viejo que se me pueda acusar de vivir como mozo.»

Si de su vida amorosa apenas tenemos sino indicios, de su desmedida afición al juego los testimonios son reiteradísimos y de incontrovertible autenticidad. Ello sitúa en plano de verosimilitud la ocasión de la siguiente anécdota. «Convidó a jugar al P. N. Luna, y respondió: —Sr. D. Luis, no tengo cuartos. Díjole: —Será la primera luna sin ellos.»

A su prodigalidad debió molestar siempre la sordidez y avaricia, y a tal sentimiento responden las siguientes prontitudes, que probablemente son versiones distintas de la misma ocurrencia, incluída la primera por Arguijo en sus *cuentos,* y procedente la segunda de la tantas veces utilizada colección de *dichos.* «Visitaba D. Luis de Góngora en Córdoba un caballero muy guardoso, y quejándose que tenía muy gastada su salud, respondió D. Luis: —Será porque no la tiene V. m. en la bolsa.»

«Un hombre miserable le dijo: —Sr. D. Luis, tengo la salud muy gastada; le respondió: —Pues échela en la bolsa.»

No escapó D. Luis a la fama de poca urbanidad que casi sin excepción alcanza a todo hombre de ingenio, y de la que Quevedo, con dudosa justicia, había de ser representante más caracterizado. Melchor de Santa Cruz, en su *Floresta,* narra el siguiente cuento: «Pasando por la calle un caballero que

tenía grandes narices, dos mujeres que venían por allí volviéronse en viéndole. Preguntándolas por qué se volvían, respondieron: –Porque no nos dejarán pasar vuestras narices. Díjoles, puesta la mano en las narices, como que las apartaba: –Pasad, putas, que yo haré lugar.» La *Floresta* de Santa Cruz se publicó el año 1574, es decir, cuando contaba Góngora sólos trece años. Pues bien, Vaca de Alfaro atribuye la anécdota a D. Luis y la narra, no sin gracia, con estas palabras: «Pasaba D. Luis a pie por una calle y se encontró con unas mujeres, y había mucho lodo; ellas dijeron: –Pase V. m., que no podemos pasar por estar atajada la calle. Estorbaban las narices de D. Luis para pasar, que eran muy grandes, como ellas lo sentían así, y por eso se detenían. Asió D. Luis las narices, apartándolas con la mano a un lado, y les dijo: –Pasad, putas.» Este mismo cuento se atribuía en el siglo XVIII a Quevedo, según sabemos por Feijóo *(Teatr. crít.,* t. VI), que al mismo tiempo nos instruye del origen que se le suponía. «Chiste es también atribuído a Quevedo –nos dice– el que encontrándose en la calle con ciertas damiselas achuladas, y diciéndole éstas que embarazaba el paso con su nariz (suponiéndola muy grande), él, doblando con la mano la nariz a un lado, *pasen,* les dijo, *ustedes, señoras P.* Cuspiniano

hace autor de este gracejo al Emperador Rodulfo. Encontrándose con él un decidor en calle estrecha. Advirtiéndole los ministros que se apartase, él, motejando de muy grande la nariz del Emperador, les replicó: *¿Por dónde he de pasar, si la nariz del Emperador llena la calle?* A lo que Rodulfo, doblando la nariz, como acaba de referirse de Quevedo, le dijo con rara moderación y humanidad en tan soberano personaje: *Pasa, hijo.*» Este hace aún más problemática su atribución, aunque la fuente de Vaca de Alfaro es autorizada. En todo caso no sería D. Luis el autor del chiste, aunque como narigudo y como ingenioso pudo aplicarle a la ocasión. Con todo, el hecho de referírsele es tan significativo, o más, que su autenticidad.

Como más tardía, ningún crédito merece la siguiente anécdota, que inserta Asensio en la continuación de la *Floresta*, de Santa Cruz (1730), en la que la decadencia del ingenio es notoria, pero la intención de atribuir a Góngora un chiste desvergonzado y poco limpio está patente. «Llegóse Góngora, cuando muchacho, a un cantero que estaba labrando piedra, y díjole el cantero: —Dime, muchacho, cómo teniendo el burro el culo redondo salen los cagajones cuadrados? Y respondió Góngora: —Porque está dentro un cantero que los labra.»

Más garantías de autenticidad tiene el que copio a continuación de los tan citados *dichos,* y que no cede en desenfado a los dos anteriores. «Un hermano de D. Luis pidió en su presencia a una dama un *Ave-María;* ella respondió: –¿Para qué la quiere la bestia? Y dijo D. Luis: –No lo hace por el *Ave-María,* sino por el *ventris tui.*»

El descenso de la agudeza notado en la anécdota transmitida por Asensio había de ser mayor aún en la que nos refiere el Duque de Frías en su *Deleite de la discreción,* y que nos proporciona una versión del ingenio de Góngora muy en la manera decadente y pobre del tiempo en que se recoge y transmite (1743). «De Góngora. La cosa más parecida a la Muerte son los médicos, decía un satírico, porque acaban con todo.

Deseado he desde niño,
y antes, si puede ser antes,
ver un médico sin guantes
y un abogado lampiño.

Si muere llegó su hora,
si vive me hago inmortal;
bienhaya la ciencia, amén,
donde no se puede errar.»

Los cuatro primeros versos son, en efecto, de una conocida composición ligera de Góngora, la que comienza

Absolvamos el sufrir,
desatemos el callar,
mucho tengo que llorar,
mucho tengo que sufrir.

Por cierto que en el manuscrito Chacón, editado por Foulché-Delbosc, está suprimida la primera estrofa en que se contienen los versos de la anécdota, si bien en las ediciones de D. Luis (Vicuña, Heces...) consta en todas. Los cuatro últimos versos de la anécdota, que con tan poca gracia se añaden, siendo precisamente los que más quieren hacerla, ignoro de quien puedan ser, si bien es notorio que son indignos, no ya del alto nombre al que el duque los prohija, sino de cualquier versificador decoroso. Quede registrada la anécdota como versión dieciochesca del ingenio satírico de Góngora.

Los chistes hechos a cuenta de la oscuridad gongorina, frecuentes en estas misceláneas, son interesantes en cuanto reflejan el efecto que, entre gentes por lo general iletradas, producían las innovaciones literarias que los cultos apasionadamente discutían.

Sabido es que el propio Góngora se burló en sus versos de su oscuridad. Baste recordar el romance de *Píramo y Tisbe*, donde se lee,

> *Hallé en el desván acaso*
> *una rima, que compuse*
> *la pared, sin ser poeta,*
> *más clara que los de alguno,*

lo que explica y aclara Salazar Mardones en su comentario con estas notables palabras: «D. Luis preció tanto de escribir oscuro, que cuando se le ofreció esta ocasión de celebrar la claridad del requiscio o rima, dijo que era más clara que sus versos porque los suyos son oscuros». Por contener el nombre de Góngora doy a continuación algunas de estas anécdotas a las que no debe concederse más valor del que les da su propia significación de chistes o prontitudes, pero no auténticos testimonios críticos, si bien altamente estimables para conocer el ambiente medio, siempre adverso a toda innovación que no pueda captar inmediatamente, con prontitud y distinción, el vulgo leyente.

Vaya relatado por Arguijo el siguiente *dicho* del Conde de Salinas, poeta que, pese a esta chirigota, no escapó a la influencia cultista. «El *Polifemo,* de

Góngora, es oscuro. Fuéronle más las *Soledades,* que publicó después. Dijo el Conde de Salinas a este propósito que el *Polifemo* tenía sólo un ojo, y las *Soledades* eran ciegas de entrambos.»

Los dos siguientes, transmitidos igualmente por Arguijo, se refieren al representante Osorio y son más representativos aún de la significación que líneas arriba les atribuía. Este primero que transcribo le atribuyó Asensio en la continuación de la *Floresta,* a Quevedo.

«Osorio, el representante, preguntó un día a don Luis de Góngora cómo se entendían no sé qué versos suyos algo oscuros. Declaróseles D. Luis, y dijo Osorio: –Pues ¿por qué V. m. no me dijo en los versos eso que me dijo ahora, y no me cansara en preguntárselo ni V. m. en declarármelo?»

«El mismo Osorio, oyendo a un negro del obispo de Bona, ladino, pero que cuanto hablaba no ataba ni desataba, sino que ni él se entendía, ni los que hablaban con él, dijo asombrado: –¡Válgate, el diablo, negro! ¿Eres tu culto, que no sabes lo que dices? ¡Gentil definición de los puntos, para lo que ellos presumen!»

Esta parva colección de cuentecillos cumple mi propósito de ofrecer unos cuantos rasgos menudos,

pero creo que muy característicos, del gran poeta. Unos subrayan trazos ya antes definidos de su fisonomía moral; otros con alusión a sus costumbres mantienen más vivo el recuerdo del hombre; los demás son sencillamente ofrenda de la estimación de tiempos posteriores por el ingenio asombroso del que siempre deberemos buscar el más acabado retrato en sus propias obras.

JOSE MARIA DE COSSIO

La Casona de Tudanca.



Una mitología política

(Los principios anticristianos del racismo)

Esencia anticristiana del racismo. Ideología. Procedimientos. Principio mítico de la raza. Gobineau. Magia irracional. Herder. Fichte. Ilusiones Faustinas.

Historia anecdótica. Memorial de exigencias (1926). Rosenberg: Der Mythus. *El Programa: Feder. Contrastes.*

Actitud de la Iglesia. Instrucciones y declaraciones (1930-31). Manifiesto de 1933. El Centro y el Partido popular. Incidencias. El Concordato. Conclusión.

...non est Gentilis et Judæus, circumcisio et præputium, Barbarus et Scytha, servus et liber: sed omnia et in omnibus Christus.

EPIST. B. PAULI AD COLOSSENSES, III, 11.

FRENTE a la clara sentencia del Apóstol, noble expresión de vivo cristianismo, millones de hombres—sugestionados—claman, proclaman y reclaman lo abiertamente opuesto: que haya—como cimiento de su organización nacional—una radical diferenciación, bajo pretextos étnicos, entre los dominantes (¡nuevo *pueblo escogido* del *Dios alemán!)* y los aniquilados por exclusión de todo derecho de ciudad, los sacados al margen de la vida política, aquellos que, por no acreditar su pureza de sangre germana, dejan de ser tenidos por ciudadanos y sólo como huéspedes *(nur als Gast,* según el Programa del Partido nacional-socialista) podrán seguir viviendo. Mas la palabra *huésped* pierde su significación caballeresca y hospitalaria para tomar el tono despectivo de *forastero, extraño*, recobrando el sentido pagano de *adversus hostem* de las XII Tablas, desde el momento en que el estatuto jurídico de los así designados se reduce a las mínimas garantías y

máximas molestias que supone la sumisión a las leyes de extranjería *(unter Fremdengesetzgebung.)* Absurda manera, literal, de realizar la sentencia paulina; pues, efectivamente, pronto en Alemania podrá en verdad decirse: ya no hay judío, ni gentil...; porque se habrá acabado con ellos.

Hitler, contra San Pablo... Aunque trate–maquiavélicamente–de apoyarse en la Silla de Pedro, mientras Germania necesita de Roma... Y aquí, precisamente, surge en muchos–ingenuo o malintencionado–el equívoco. Del hecho de avenirse Roma a negociar y a pactar un acuerdo con el Gobierno que hoy preside la política alemana, no puede honradamente deducirse aprobación–ni siquiera admisión–de los principios racistas. Sobre ellos, frente a ellos, el criterio católico queda intacto; nada le afecta la actitud de la Curia romana en materia de política religiosa. Fiel a su precisa neutralidad en lo estrictamente político, la Iglesia oficial reconoce personalidad representativa al Poder constituído; y si hubiera rechazado la paz, cuando el Reich la ofrecía, no hubiera logrado más que agravar la situación de los católicos alemanes que ya sufrían la intensa ofensiva de los nazis, en sus personas y en sus instituciones. La provocación de tal estado de cosas, por el Nacional-socialismo, es, cabalmente, base de la

presunción de mala fe que su conducta sugiere; pues cuando la persecución a los católicos alcanzó su máximo grado intimidante, cuando se derrumbaban (últimos baluartes de los partidos) sus poderosas organizaciones políticas y podía temerse por la vida de todas las restantes obras, aun puramente religiosas, sólo entonces se brinda a la Iglesia la posibilidad de conservar estos reductos de la fe en Alemania... Y el Concordato fué, exactamente, un Tratado de paz, término (por el momento, al menos) de una guerra provocada por la exaltación nacionalista y las tendencias totalitarias del Estado.

¿Hasta dónde puede llegar el absorcionismo y el afán de exclusividad del *drittes Reich,* ante poderes o influencias que habrá de considerar rivales? Ello pertenece al porvenir; mas no es difícil diagnosticar posibilidades de ruptura que dejasen al Tratado de paz en la categoría de simple y efímero armisticio. Basta considerar los ingredientes típicamente anticristianos que figuran en la base ideológica y en los procedimientos del racismo.

1

Ante todo, tratándose de un movimiento alemán, no podía faltar una *Weltanschauung,* una concep-

ción total del mundo, que rebasa los ámbitos de la política, pretendiendo sustituir a toda otra fundamentación filosófica o teológica de la vida que no dimane del principio mítico de la raza.

Antes de que se produjese el insólito acontecimiento de la defensa—¡por un francés!—de la superioridad racial de los alemanes (Gobineau publicaba en 1852 su *Essai sur l'inégalité des races humaines)*, afirmaba Friedrich List, en un informe dirigido a los gobiernos inglés y prusiano: *Valor y condición de una alianza entre la Gran Bretaña y Alemania* (1845), con ocasión de las negociaciones que para lograrla había emprendido: *La raza germánica (esto no admite duda) ha sido designada por la Providencia, a causa de su naturaleza y de su carácter mismo, para resolver este gran problema: dirigir los asuntos del mundo entero, civilizar a los países salvajes y bárbaros y poblar aquellos que están inhabitados.* Un sentimiento místico de la originalidad nórdica ha engendrado esa mentalidad dinámica del particularismo alemán que domina la educación de las modernas generaciones, inspiradas en aquellos de sus filósofos que pueden ser considerados como teóricos de la predestinación metafísica y en la supervaloración étnica de las leyendas y tradiciones de los pueblos germanos. El sentimiento nacional se exalta cons-

tantemente en la formación literaria de la juventud. *Deutschkunde.* Germanismo que todo lo impregna. Sobre lo alemán la atención entera se vuelca, en busca de lo infaliblemente auténtico, para vivirlo, para incorporárselo, para *serlo.* Así es como Karl Schümmer, a propósito de los *Nibelungen,* ha podido reflejar el espíritu del escolar medio: *Lo caótico, lo demoníaco y lo misterioso de ese mundo de la mitología responde perfectamente a ese sentimiento de la naturaleza, que es el nuestro, y cuyo despertar siente en sí el joven alemán, para el cual aún supera en atracción la forma escandinava de la leyenda, que es a la vez más primitiva y más mística, más nórdica, más francamente pagana.* Y refiriéndose a la crítica de Herder: *con ella los alumnos entran en el círculo mágico del irracionalismo consciente que, siendo posterior al racionalismo, les parecerá el progreso. Herder trata de determinar, o más bien de hacer sentir, el carácter individual de cada obra, de cada artista, de cada época, el soplo creador que les anima y que es —según él— algo inconsciente, impersonal... Herder destaca particularmente las influencias de la raza, del suelo y del clima, como factores determinantes de la obra literaria: el verdadero genio está siempre estrechamente ligado a esas fuerzas, como poseído de su demonio que ya no le permite elegir, sino que le dicta*

la ley de su creación, la única medida para poder juzgarla.

Si aún resuenan los ecos de los discursos de Fichte a la nación alemana, es porque se ha cuidado de mantenerlos y reforzarlos; porque se ha tensado la atención alerta a no olvidarlos, reconociendo en su autor al que ha logrado crear la *mística* de la originalidad y de la energía alemanas. Como dijo Hermann Platz, Fichte comunica a los alemanes *una confianza absoluta en las facultades particulares de su raza, haciendo de ellos los órganos de la Divinidad, y de sus adversarios, los agentes del diablo. Así como Lutero había puesto a sus compatriotas fuera de la comunidad cristiana para salvar la originalidad y la energía religiosas, Fichte los desoccidentalizó para salvar la originalidad y la energía nacionales. Para oponer al imperialismo racionalista, que todo lo sumergía bajo una antipática uniformidad, un ser consciente de su fuerza y de su misión, le singularizó en el más alto grado y le atribuyó una semi-divinidad irracional, incomunicable e inimitable para penetrar «en las tinieblas sagradas que envuelven los principios absolutos de las cosas».*

El hombre gótico, el hombre fáustico, el hombre nórdico: he equí el mito, operante, creador de la dinámica racial que agita hoy día todo el centro de

Europa e inquieta a multitud de hombres de otras razas, de otras culturas, recelosas ante el violento empuje tudesco.

2

Pero de Fichte a Hitler... no se pasa de un salto. Ni bastaría a darlo el ímpetu famoso del legendario caballo y caballero del castillo de Nürnberg; porque ya no sería saltar de cima a cima: la distancia en altura, el desnivel de calidad, supera e impide cualquier intento de directo enlace. ¿Por qué, no obstante, el éxito del belicoso nacionalismo pareció vincularse a su portaestandarte, el antiguo pintor-decorador, austriaco renegado, cuya admisión en el ejército de Baviera le inducía a exclamar que *acababa de encontrar su patria, la patria alemana?*

El mozo que, sin pena, dejara el suelo de su nacimiento y de sus primeras ilusiones fracasadas, sentía tal desprecio por su país de origen que, ya en Munich, al conocer el asesinato del archiduque austriaco, vociferaba: *estoy satisfecho de que en Sarajevo tengan tan buena puntería;* y aseguraba a los alemanes: *es un bien que Austria se vea atacada; la guerra habría llegado de cualquier otro modo, pero*

entonces Austria nos hubiera abandonado. Hitler no siente la patria nativa, pero siente, hiperbólicamente, la raza y su fantástico destino; y el dictador fallido del *putsch* del 23, el pequeño empleado municipal de Hildburghausen (cuando su *amigo Frick,* ministro de Turingia, le preparaba la naturalización mediante una simple credencial de funcionario), es ya, en el año 33, supremo dictador popular, desde la cancillería del *Tercer Imperio*... en construcción. Aquel ridículo Partido de siete hombres, alrededor de siete marcos por todo capital, nacido el año 19 en el modesto albergue muniqués del *Altes Rosenbad,* tras la desairada convocatoria de la primera reunión, a la que ni uno solo de los invitados se dignó asistir, por la pertinaz propaganda de Hitler y de sus colaboradores fué creciendo – de una en otra cervecería – y curtiéndose en lides polémicas en las cuales, tan certeramente como los argumentos, se disparaban jarras, que volaban a estrellarse contra cerebros adversos. Del gran mitin campal de Hofbräuhaus surgieron las secciones de asalto (S. A. = *Sturmabteilungen),* núcleo principal de las tropas hitlerianas, que habían de duplicar los efectivos militares de Alemania, llegando – con los destacamentos de protección (S. S. = *Schutzstaffel)* y las Juventudes del partido y demás elementos auxiliares – a la cifra de

medio millón de hombres, cuando en abril de 1932 Brüning decretó su disolución.

Con sus disciplinadas milicias, más agresivas que defensivas; con sus desfiles de gran espectáculo, ondeando, provocativas, a todos los vientos, las rojas banderas en cuyo centro la swástica era amenaza y signo; con sus charangas y sus canciones bélicas resonando en las calles, ya tenía el partido gran trecho adelantado en el camino de la adhesión y el entusiasmo del pueblo más militarmente formado. La demagógica elocuencia de sus directores haría lo restante. Y a Hitler nadie puede negarle la intuición genial del instante y el acierto táctico de saber aprovechar las dificilísimas jornadas que las resultas de la guerra imponían a la nación vencida y humillada. De la amargura de esta humillación y de la convicción de imposibilidad de resistir la carga obtuvo Hitler la fácil coincidencia popular en la negativa rotunda a soportarlas; y encarnando en su persona y en su programa la fórmula del descontento de Alemania, la no aceptación de 1918, no había de costarle mucho el enrolar a grandes masas en un movimiento de activa rebeldía contra la desgraciada situación del país, haciendo de ella responsables a quienes no pudieron eludir las terribles realidades que la habían determinado.

En la violenta oposición al Estado de Weimar, en el descrédito de los partidos constitucionales y de los hombres que estaban al timón de la República, y en el menosprecio a las instituciones democráticas, el Nacional-socialismo cifró sus locas propagandas demoledoras. Formulando, contra todo aquello, una ingenua teoría de mitos salvadores, combatió el pesimismo a golpes de utopía, diseminó en lo profundo de la humillación nacional los gérmenes fecundos del orgullo de raza llamada a gloriosos destinos, sacó de la misma desesperación popular las energías de lucha — a la desesperada — por un mejor porvenir en un nuevo Estado; y de su pragmatismo..., la ausencia de todo escrúpulo en la adopción de medios para lograr el triunfo. Opuesto al socialismo y al comunismo, pero inspirado en métodos bolcheviques de lucha, no había para Hitler más solución, contra el terror de aquéllos, que el ejercicio de un terror más sangriento aún: *Eso podemos hacerlo tan bien y mejor que ellos. En nosotros arde la llama del santo fanatismo, que no conoce ni puede conocer compromiso alguno.*

Desarrollado vertiginosamente el partido que tanto odiaba a la Democracia alemana, no tuvo que acudir a los modos violentos en los cuales se había forjado su poder y su hacer. Fué tan normal, tan

constitucional y tan parlamentario su advenimiento a la gobernación del Reich, que todo semejaba una triste ironía, una arriesgada—por liberal—jugarreta decisiva que la Democracia se gastaba a sí misma, entregándose, por sus propios medios, *con todas las de la ley,* a sus peores enemigos. Caballerescamente, por jugar limpio; sabiendo que perdía y sabiendo perder: sólo porque los otros mostraban entonces mayoría de votos. Por eso, nada más.

3

Veinticinco puntos abarcaba el Programa inicial del Partido, publicado en 1920 y declarado *intangible* por la asamblea general de 1926 *después de madura reflexión.* Memorial de exigencias *(Wir fordern... Wir fordern...)* antisemitas, anticapitalistas, contra los Tratados, contra la renta, contra los grandes almacenes..., contra el Derecho romano... Para llevarlas a la práctica se quería el Poder; logrado el mando, muchas van esfumándose, por no perderlo. Mas, en definitiva, el programa no pasa de ser mera estructura política, acomodable a cambiantes circunstancias. Lo que importa es calar bien en la hon-

dura de las raíces míticas del Nacional-socialismo, en las bases ideológicas de ese renacimiento de la mentalidad germano-mística que es el moderno racismo y se encuentra, sin veladuras de expresión, en las obras fundamentales de sus directores.

Acaso ninguno supera en brutal claridad al autor del típico libro *Der Mythus des 20. Jahrhunderts*, Alfredo Rosenberg. De su baja literatura, paganizante y en ocasiones blasfematoria, vale la pena de extraer los textos característicos, para dejar al descubierto los orígenes y el impulso de la ascendente marea racista. Dispense el lector la fatigante prolijidad, en atención a la superlativa importancia del documento. Contra el Catolicismo se dirigen, reiteradamente, sus dardos: *La concepción romana, que eleva a un demonio a la dignidad de Dios, llega a destruir esencialmente nuestra alma, como principio voluntario; constituye un atentado a la polaridad del ser espiritual (Mythus,* pág. 207). *El alma popular, determinada por la raza, es la medida de todos nuestros pensamientos, voluntades, deseos y actos; la medida suprema de toda nuestra escala de valores* (pág. 655). Así, a diferencia del catolicismo, que afirma en la humanidad su universalidad, el racismo exalta un elemento particularista, al cual somete todos los demás.

En Platón, la moral determinaba la política; ésta, en Maquiavelo, nada tiene que ver con la moral; pero en Maurras, por inversión de términos, es la política la que determina la moral. Un paso más en las etapas de tal evolución, y se llega, con el moderno nacionalismo, a la divinación del Estado y de la Política, como categorías absolutas, como medida de todo valor, en función de la raza. *No es el cristianismo* – dice Rosenberg (pág. 595) – *quien nos ha traído la moralidad; por el contrario, es a nosotros a quienes debe el cristianismo el carácter durable de sus valores morales. Los valores morales germánicos son, en consecuencia, los valores eternos... y las confesiones religiosas, lejos de ser fin en sí mismas, tan sólo son medios utilizables al servicio del espíritu nacional-socialista y de los valores germánicos.* Godofredo Feder, el más autorizado expositor de las doctrinas oficiales del Partido, llega a escribir, en la primera edición del *Programa: el pueblo alemán hallará un día la forma para expresar su conocimiento de Dios, su vida en Dios, tal como la reclaman las razas del norte; y solamente entonces se realizará en su perfección la «trinidad de la sangre, de la fe y del Estado».* El nacional-socialismo no es, como puede advertirse, un movimiento meramente político; es, o pretende ser, una nueva forma de vida, una reli-

gión que sustituya o absorba a las otras. En suma, se nos aparece como un culto idolátrico de la Raza y del Estado-raza en poder del Partido. Si por las esperanzas mesiánicas se asemeja a su más perseguido enemigo, el judaísmo, por el materialismo biológico se liga a aquel otro materialismo, el económico, del marxismo. Viene a sustituir tan sólo (¿y qué más da?) un mesianismo por otro, y la lucha de clases por la lucha de razas, formas ambas igualmente inhumanas de guerra civil humana. Orgullo de la sangre. ¿De cuál? ¿Pura sangre? ¿Mala sangre? Las resultas: un nuevo despotismo.

... Y vuelta a lo pagano. Wotan y la Walhalla. Rosenberg—su profeta—declara caduca la hegemonía de la religión cristiana, introducida en Europa *por la histérica mujer de Clodoveo...* Símbolo de la nueva fe será Wotan, *imagen eterna de las fuerzas físicas del hombre nórdico, tan vivo aún hoy como hace cinco mil años (Mythus,* págs. 637-638). El Estado nacional-socialista abolirá, primero, el Antiguo Testamento: *De una vez para siempre, es preciso que el llamado Antiguo Testamento sea abrogado como libro religioso;* y la actitud que aquel Estado adopte frente a las diversas religiones habrá de depender de la posición de éstas respecto al Antiguo Testamento, si bien protegerá y estimulará desde luego,

aun financieramente, a la nueva religión germánica (vid. pág. 566).

Del antisemitismo, al anticristianismo: ya que el cristianismo primitivo es—según Rosenberg—*la religión de la obsesión, que, partiendo del Mediterráneo oriental, creó su centro occidental sirviéndose de cultos mágicos y de la Biblia judía, seduciendo con la figura de Jesús* (pág. 230 ss.); y la fe católica no es más que *supervivencia de todas las supersticiones siro-etruscas. La doctrina del pecado original sería inconcebible en un pueblo de carácter racial incorrupto,* pues *el sentimiento del pecado es un síntoma necesario de bastardía física* (págs. 72-73).

Expresamente trata la cuestión religiosa el célebre *Programa intangible* del racismo, cuyo § 24 reclama *libertad para todas las confesiones dentro del Estado, mientras no constituyan una amenaza para la existencia de éste o no se opongan a las costumbres y al sentido moral de la raza germánica. El partido, como tal, se sitúa en el terreno del «cristianismo positivo», sin ligarse a confesión determinada.* Ocasiones tendremos de inducir las direcciones que al sentido moral de la raza germánica imprimen sus sedicentes representantes. Qué implica, para ellos, la nota de positividad en el cristianismo, lo interpreta de modo suficiente el mismo Rosenberg: *los*

valores supremos de las Iglesias romana y protestante, como cristianismo «negativo», ya no responden a las necesidades de nuestra alma; y paralizan las fuerzas orgánicas de las razas del norte. Deben ceder su lugar a estas fuerzas y dejarse transformar en sentido de un cristianismo germánico nuevo (Mythus, página 203). He aquí su *cristianismo positivo.* En él se fundaría la *Iglesia nacional alemana,* admitiendo—en la concepción de R. Jung—la *fusión (!) de las dos iglesias más extendidas en los países alemanes,* condicionada por una *ruptura con la centralización romana, el espíritu internacional y el Antiguo Testamento: cosas esencialmente judías (Der nationale Socialismus,* pág. 89). Disparatado plan de una iglesia nacional que ninguna benevolencia habría de tener para las gentes que *conscientemente se vuelven contra el pueblo alemán y contra el Estado; que reciben sus direcciones políticas del extranjero y, aunque hayan nacido en Alemania, no pertenecen a la comunidad alemana, ni pueden, por tanto, ejercer los derechos de ciudadanos* (Feder, *Das Programm der NSDAP,* pág. 52).

En resumen, como ya se afirmó por Rosenberg *(Mythus,* pág. 646): *la doctrina del tercer Reich es inconciliable con la de la Iglesia católica. No conoce sino la cruz ganchuda, en lucha contra la cruz cristiana.*

4

Et pourquoi nous haïr et mettre entre les races
ces bornes et ces eaux qu'abhorre l'œil de Dieu?
De frontières, au ciel, voyons nous quelques traces?
Sa voûte a-t-elle un mur, une borne, un milieu?

LAMARTINE
MARSEILLAISE DE LA PAIX.

Doctrinas como las difundidas por los hombres más representativos del Nacional-socialismo, no podían tardar en merecer explícita condenación en nombre de los principios católicos. Y en 1930, el obispo de Maguncia decreta: que no es lícito a los católicos inscribirse en el partido hitleriano; que los sacerdotes no permitan que los miembros de este partido asistan como tales a entierros o ceremonias religiosas de cualquier género, y que *no se puede admitir a los sacramentos a un católico que profese los principios del partido*. Resoluciones de tan extrema gravedad las fundamenta el prelado alemán (en 27 de septiembre de aquel año, respondiendo a la petición de explicaciones que se le dirigió por una sección del partido) en lo incompatible de ciertas proposiciones del programa racista con la doctrina católica; fijándose particularmente en el artículo 24 *que ningún católico puede aceptar sin renegar de su*

fe en materias importantes. La moral cristiana —arguye— *se basa en el amor al prójimo. Los escritores nacional-socialistas no reconocen tal mandamiento en el sentido enseñado por Cristo; su doctrina exagera el valor de la raza germánica y menosprecia las razas extranjeras. Ese desprecio, que para muchos se transforma en verdadero odio a las razas extrañas, es anticristiano y anticatólico. La moral cristiana es universal. Vale para todos los tiempos y todas las razas. Se comete, por ello, un grosero error exigiendo que la moral cristiana se adapte al sentimiento moral germánico.* Por otra parte, *los jefes del partido nacional-socialista quieren un dios, un dios alemán, un cristianismo alemán, una Iglesia alemana;* y aunque Hitler haya tenido algunas frases de consideración a la religión cristiana, y a la Iglesia católica, *esto no puede hacernos olvidar que la política cultural del nacionalismo está en oposición con el cristianismo católico.*

Diáfanamente quedaba afirmada, por el obispo de Maguncia, la lógica actitud de la Iglesia, confirmada, al finalizar el mismo año 1930, por la eminente jerarquía del cardenal Bertram, quien —aplicando a la situación alemana la reciente encíclica pontificia que condenaba los excesos del nacionalismo— daba la voz de alarma contra *los malos pasto-*

res que, en tiempos de miseria y de divisiones espirituales, se apoderan del alma popular. Guardáos de los falsos profetas, decía el arzobispo de Breslau: *nosotros, cristianos y católicos, no conocemos religión de raza, sino únicamente la Revelación de Cristo, valedera para el mundo entero... No conocemos iglesia nacional. Católico significa universal.*

Tras las expuestas declaraciones episcopales, sobrevienen conflictos, en la práctica, entre los miembros del racismo que, teniéndose por miembros de la Iglesia, quieren participar públicamente en sus actos cultuales y en los sacramentos, y las autoridades eclesiásticas que se lo rehusan. Las tajantes prohibiciones del prelado de Maguncia hieren en carne viva al nacional-socialismo. Suscítanse protestas y rebeldías, más o menos patentes. Pero a los pocos meses, la solidaridad de todos los obispos de Baviera (Instrucciones pastorales de febrero de 1931) y del cardenal Schulten y todos los obispos de la provincia eclesiástica de Colonia (Declaración de 5 de marzo) vienen a reforzar la posición auténticamente católica frente a Hitler y sus secuaces. *Colocan la raza sobre la religión, rechazan las revelaciones del Antiguo Testamento y aun el Decálogo de Moisés,* dicen los obispos de Baviera, y como normas de conducta, establecen la rigurosa prohibición al clero

de cualquier forma de colaboración al movimiento nacional-socialista; y en cuanto a los aspectos más vidriosos del conflicto:

...3.º La participación en ceremonias del culto, de los nacional-socialistas en columnas, con uniformes y banderas, está y sigue estando prohibida, porque un semejante desfile forzosamente induciría al pueblo a creer que la Iglesia aceptaba el movimiento nacional-socialista. Cuando, aisladamente, se presente uno en la iglesia con la insignia de ese partido, sólo podrá admitírsele si no tiene intención alguna de hacer con ello una manifestación y si no existe temor alguno de que la ceremonia por ello se perturbe.—4.º Respecto a la cuestión de saber si un nacional-socialista puede ser admitido a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, es preciso examinar, en cada caso, si el interesado es sólo un adherido que no se da cuenta de los fines religiosos y culturales del movimiento, o, por el contrario, se compromete personalmente, como diputado o jefe de redacción o agente, en el conjunto de fines de su partido y, por consecuencia, también cuanto a los puntos de discrepancia con la esencia del cristianismo y la doctrina de la Iglesia. Y aclara el documento: *Entre las masas que, en las últimas elecciones, votaron a los nacional-socialistas, hay sin duda un gran*

número de personas que no adoptan más que los fines patrióticos (como la revisión del tratado de paz) o económicos (mejora de situación de la clase obrera, revalorización...), pero que ignoran por completo o personalmente rechazan lo que en el dominio de la cultura se opone al cristianismo y a la Iglesia; así, subjetivamente, están de buena fe. Y en tales casos corresponde al confesor juzgar si el hecho de pertenecer al nacional-socialismo constituye o no ocasión inmediata de pecado.

Dos años después, en vísperas de las elecciones generales de 5 de marzo de 1933, que habían de dar a los racistas la totalidad del poder, la mayor parte de las asociaciones católicas (profesionales, de juventud, de acción católica) publicaban un terminante Manifiesto, advirtiendo la trascendencia de los acontecimientos y los peligros para la existencia misma de Alemania, en el difícil viraje de su historia. Contra el odio, la hostilidad y la violencia, que todo lo marcan con su huella, son las asociaciones católicas las que claman por el derecho y la justicia y por el respeto a las normas democráticas que son su garantía formal: *El Reichstag y el Landtag han sido disueltos sin necesidad y a despecho de la Constitución. Por las mismas ordenanzas, los representantes municipales de Prusia han sido destituídos de sus*

funciones. Todas estas medidas se han adoptado con la única finalidad de permitir a los que detentan el poder, asegurarse fraudulentamente la mayoría en nuevas elecciones y hacerse conferir, ilegal y definitivamente, el derecho a establecer la ley y dirigir la administración... ¿Qué será un estado social en que reinen el arbitrio y la parcialidad, en lugar del derecho, y los intereses particulares del grupo, en vez del interés general del pueblo?... Escuchamos las palabras orgullosas de «espíritu alemán, fe alemana, libertad y honor alemanes, verdadero cristianismo y pura religión». Pero *alemana es la fe a lo prometido al jurar la Constitución, alemán es el amor a la libertad, el respeto de la del adversario, el cuidado de no dejar impunes las violencias; el verdadero cristianismo... exige la paz..., y nosotros afirmamos que es cometer un pecado contra la juventud el imbuirle pensamientos de odio y de venganza, poniendo fuera de la ley a los que son de otra opinión.* El valeroso documento terminaba condenando toda política—de cualquier procedencia—que abandonase las vías jurídicas y expresando el voto de que Alemania no se viese entregada a partidos extremos, ni de izquierda ni de derecha, porque, *para nosotros, la libertad es el más precioso de todos los bienes.* Aunque no fuese más que por la oposición a toda dictadura y

por la afirmación últimamente subrayada, el manifiesto de las asociaciones católicas alemanas reviste calidades de ejemplaridad universal.

5

Ahorrándose cómodamente la revolución, el nacional-socialismo hubo de modificar a fondo sus procedimientos. Puesto que había ganado electoralmente la batalla, ya no precisaba recurrir a otros medios. Su ingénita violencia se encauzaba legalmente, cambiando de apariencias, hasta casi perderlas. Desde el Poder, omnímodo, hay resortes sin cuento, contra los adversarios de la víspera. Y una acción rápida, enérgica, a veces invisible, acaba en breves días con enemigos que parecían resistentes. En el fondo subsisten las viejas concepciones, servidas aún con mayor eficacia. Hitler nada tolera al margen de su Estado, del Estado racista. Y uno a uno, los grandes partidos adversos van cayendo destrozados. Ultimamente, el *Centro,* ingente dique. ¿Creyó poder sobrevivir, replegándose sobre lo meramente social, ofreciendo su apoyo a la obra común de la reconstrucción, ayudando—aun sin independencia—desde su campo indefenso y sitiado? Bien

pronto le alcanzó, fulminante, la forzosa disolución. El *Centro* y el *Partido popular bávaro,* las dos formidables organizaciones políticas de los católicos alemanes, hubieron de sufrir igual destino que los socialdemócratas y los comunistas. ¿Disolución voluntaria y patriótica? El eufemismo de comunicaciones oficiales quiso *encubrir* el verdadero alcance de estos actos. Como el suicida típico, por revés de fortuna, los partidos deshechos redactan el acostumbrado aviso de despedida: No se culpe a nadie de mi muerte... También aquí, no obstante, como en los folletines, todos están en el secreto de quién fué el matador. Todos menos aquellos que – en nuestra misma España – se han permitido el falsamente ingenuo elogio fúnebre del supuesto suicida por razón de Estado; rindiendo además al fuerte, que imponía su arbitrio (¡la bolsa *y* la vida!), el homenaje de suponerle merecedor del sacrificio de las víctimas.

Doloroso episodio el de la supresión de estos partidos que durante la vida de la República alemana han cumplido, con ejemplar lealtad política, una misión bien ardua, de dirección y contención, de control permanente, con un sentido pleno de conservación social, a través de formas nuevas, en peligroso trance histórico. Está por hacer en España (y sería noble empeño educador, además, de quienes

deberían tomar el ejemplo) la historia interna, de formación de una recta conciencia política, de los sesenta años de vida del *Zentrumpartei,* y muy especialmente de sus tres últimos lustros. Orientado por el profundo pensamiento de sus teólogos, enfocando *sub specie æternitatis* los graves problemas de ordenación de la sociedad civil, el *Centro* estuvo siempre *en su sitio,* en el que por denominación le correspondía; y fué el eje de la política nacional y el más firme apoyo de la República y de las sanas libertades en la difícil, por insólita, Democracia alemana.

Cuando, a raíz de tan alevosa muerte, uno de los más altos prestigios del catolicismo español ha comentado la desaparición de tan eficaz y glorioso órgano de expresión del pensamiento y de la voluntad de los católicos alemanes, ¡presentó a su auditorio los enormes servicios prestados a la Iglesia romana y a la patria germana, como natural antecedente de su patriótica y prudente disolución! Puesto que tanto deben al Centro el Catolicismo y Alemania, puesto que es un magnífico instrumento político, hace muy bien en desaparecer. Y aun se le finge una espontaneidad, que está bien lejos de ser cierta. Basta acudir a los textos: El Comité director del partido del Centro acuerda en 5 de julio del presente

año su *disolución inmediata «de acuerdo con el Canciller Hitler»*, *porque la revolución en Alemania «no deja ya lugar a la actividad política de los partidos»*. Y añade el documento (publicado en *Germania* el 6 de julio): *El partido del Centro va a proceder a su disolución con toda la celeridad posible. Y espera que estos trabajos de disolución no serán perturbados, que en adelante no habrá confiscaciones de bienes pertenecientes hasta ahora al partido, ni encarcelamientos políticos de antiguos adheridos; y que los ya encarcelados serán puestos en libertad, si no son sospechosos de actos punibles.*

Aún más terminante aparece la supresión del Partido popular bávaro. Perseguido con saña por el hitlerismo, que le acusaba de complicidad en la actitud hostil de Austria, había visto en prisión a todos sus diputados; y en las tajantes órdenes para liquidarlo, hay la preocupación de que todo, absolutamente todo, quede en él destruído, para que jamás pueda revivir. El Comisario, provisto de poderes para la disolución, comunicaba las instrucciones para llevarla a cabo, el 7 de julio: *Todo el aparato técnico de organización práctica deberá ser destruído íntegramente y con la mayor celeridad, de suerte que lo más tarde el 14 de julio se haya levantado el acta de ejecución... Deben destruirse los fiche-*

ros, las direcciones, las listas de miembros de todo género, las tarjetas de adhesión, los sellos y carnets, todo el material, el papel de cartas, los sobres...; el personal debe ser licenciado, los locales desalojados y los teléfonos suprimidos; y allí donde hubiera una asociación, una sección cualquiera, debe pedir ser tachada del registro oficial. Todo, inmediatamente, todo de modo fulminante... Espontaneidad, voluntariedad, interpretan algunos. En la inminencia de la disolución del Centro, se preguntaba su órgano de prensa (*Germania,* 4 julio): ¿es de temer que los católicos sean eliminados de toda acción política? Y quería afirmar que tal temor era infundado: *En todo caso, la desaparición del parlamentarismo entraña la del partido como factor político; y la acción de los católicos alemanes en la vida del Estado puede ejercerse por otros caminos;* pero (advirtamos la gravedad inmensa de ello) *sólo a condición de que comprendamos las leyes de construcción de la nueva Alemania y demos nuestra adhesión sin reserva a sus dirigentes.* Es decir, que, desaparecidos los partidos, los católicos que en ellos figuraban únicamente podrán tener alguna intervención en la vida pública incorporándose al nacional-socialismo, aceptando sin reservas sus concepciones y su disciplina. *Nosotros, nacional-socialistas*—había declarado el 29 de

junio el ministro de cultos en Baviera, Schemm—, *estamos tan convencidos del carácter totalitario de nuestras ideas, que no podemos admitir ninguna otra. Por esto es preciso que en los próximos meses todos los partidos desaparezcan.* A los muy pocos días, este designio había sido, lamentablemente, cumplido; y el diario de Hitler *(Völkischer Beobachter,* de 7 de julio) se felicitaba de que tras la desaparición sin resistencia del partido social-demócrata y del nacional-alemán, el Centro y el popular bávaro cerrasen el ciclo, incapaces de sostenerse. A imitación del lema mussoliniano, el dictador alemán ha podido decir, porque ha podido imponer: todo en el racismo, nada fuera de él ni—mucho menos—contra él.

6

Esta es la doctrina y estos los procedimientos que han hecho al nacional-socialismo y le permiten estar en el poder. ¿Se explica la admiración que por el *Führer* sienten en nuestra patria (donde no puede el fenómeno explicarse por motivos de exaltación de la propia raza) muchos que se llaman católicos? De ellos, la mayor parte se entusiasman con el fascismo, y con el hitlerismo, porque en su afán de clasificarlo todo (aun lo que, por superior a todas

las formas prácticas de la política, no puede ser empequeñecido por encuadramiento en una zona dada) se han empeñado en hacer al catolicismo cosa *de derecha;* y así han empeñado también su propio catolicismo. Son los que no echarán de menos al *Centro,* porque nunca estuvieron en él ni encontraron el suyo, situándose agresivos y agrestes en una zona extrema; sin comprender todo lo que hay de caridad cristiana en el hecho de colocarse los católicos de Alemania en la zona intermedia (y sabia y prudente) de los partidos moderados. Esas *auténticas derechas* (como para que nadie dude de sus extremidades), esa por sí misma inmodestamente llamada *buena prensa* (que tan a menudo nos hace recordar el certero juicio de una gran revista católica francesa: *il y a trop de mauvais bons journaux,* sienten una inevitable propensión por los regímenes autoritarios. Mas el estudio de este síntoma de la psicopatología nacional merece gran atención y no puede tratarse aquí, a propósito de una apreciación incidental. El caso que únicamente queremos registrar es el de cómo se ha silenciado o disimulado, a menudo, la persecución a los católicos cuando ésta provenía de dictaduras de derecha como la italiana o la alemana, y se ha ocultado cuidadosamente cuanto en ellas había de pagano, de fundamental-

mente opuesto a los principios del cristianismo. Y esto persiste en el racismo, y, justamente, porque otros lo callan, tenemos que decirlo.

Concordato, acuerdo entre la Iglesia y el Estado alemán, en modo alguno significa aceptación de los principios del partido que hoy gobierna en el Reich. El sentido político de Hitler ya le había hecho reconocer, hace años, ante una asamblea de jefes nacional-socialistas, en Weimar, que tendría, al llegar al Poder, que contar con la Iglesia. Y, en efecto, apenas se instala en el mando supremo de Alemania, en su declaración ministerial de Potsdamm, considera a *las dos confesiones cristianas como los más importantes factores para la conservación moral de nuestra raza*, ofrece garantizarles su influjo en la enseñanza y en la educación, y augura la cooperación sincera entre el Estado y la Iglesia. Era aquel famoso discurso de captación de fuerzas para el otorgamiento de plenos poderes (23-3-33). Donde *igualmente* garantizaba la existencia del Reichstag y del Reichsrat, y ofrecía a los partidos (a esos mismos que a poco había de disolver) *la posibilidad de una evolución pacífica y de un acuerdo para el porvenir*. Aunque el Gobierno nacional, añadía, *está dispuesto a afrontar la negativa y la resistencia. ¡Elegid, pues, señores, la paz o la guerra!*

En presencia de las declaraciones públicas y solemnes del canciller, ofreciendo respetar y garantizar los derechos de la Iglesia, los obispos alemanes, reunidos en Fulda, creen *poder confiadamente pensar que las medidas generales de interdicción y de aviso* (adoptadas anteriormente contra el partido) *ya no hay lugar para que sean consideradas necesarias.* Mas obsérvese, aún, que tan recelosamente benévola concesión, en vista de las favorables disposiciones registradas, no altera en lo más mínimo los rigores en lo doctrinal íntegramente mantenidos: *Sin modificar la condenación contenida en nuestras prevenciones anteriores contra ciertos errores religiosos y morales especificados.* Y el nuevo documento de los prelados alemanes, redactado ya bajo la dictadura más severa, termina con tres párrafos, en cada uno de los cuales se recuerda, con gran viveza de expresión, que mantienen en vigor todas las exhortaciones y llamamientos hechos, en diferentes ocasiones, a los ciudadanos católicos de Alemania, recordándoles sus deberes cristianos en la vida pública... Y bien hemos visto cuán apartadas, irreductiblemente, la conciencia racista y la conciencia católica, tratan de formar diverso tipo de hombre.

De la imposibilidad de superar esta antinomia es prueba bien palpable la enigmática figura de

von Papen: el hombre que en sí mismo quiso realizar la quimérica hazaña de la conciliación de los contrarios, el católico paganizado, de la arenga de Münster a los *Cascos de acero* exaltando la guerra y la muerte en trincheras; el de la *marcha sobre Roma*... ¿Al servicio de Hitler? ¿Al servicio de la Iglesia? El porvenir lo aclarará. Por de pronto, un indicio: *La conclusión del concordato entre la Santa Sede y el gobierno del Reich alemán, me parece dar una tal garantía que, en adelante, los súbditos del Reich que son de confesión católica romana se pondrán sin reserva al servicio del nuevo Estado nacional-socialista.* ¡Así – con tal declarado designio – comienza el decreto de Hitler que pudiéramos considerar de ejecución del armisticio con Roma, libertando, por su parte, a los prisioneros (¿rehenes?) que había tomado en la víspera de las negociaciones!

¿Y si los súbditos católicos del Reich no se pusieran sin reserva al servicio del racismo? Con o sin concordato, probablemente habrían de correr la misma suerte que las innúmeras organizaciones de católicos – especialmente las pacifistas –, disueltas y confiscadas, como los Sindicatos cristianos, como la Confederación Windhorst y los secuaces de la Cruz, y la Asociación popular de la Alemania católica y la Liga de los católicos alemanes por la paz... Máxima

saña con quienes predican la paz, parece ser la última consigna de quienes a todo trance quieren ganar *su* guerra, la guerra que en definitiva se dirige contra los valores eternos del cristianismo y de la civilización que él fundó y conservó. La vuelta al paganismo, aunque se disimule bajo la estratagema diplomática, llega, en algún aspecto, a realización legislativa. ¿O no se ve el arranque de ciertas leyes, como la proyectada de esterilización, que ha de ser —dicen sus fautores— el cimiento de la Eugénica racista? La deficiencia mental, las graves deformidades corporales y el alcoholismo crónico, hasta la *sordera,* podrán ser causas de esterilización, voluntaria y en ciertos casos *forzosa,* tratándose de enfermedades transmisibles por herencia. Se menosprecia la dignidad de la persona, al despojarla de sus libertades esenciales; se llega a la desaprensiva aplicación de los métodos de la *Zootecnia* a la especie humana, envilecida. Y en defecto de garantías morales, se hace árbitro supremo de la salud y de la vida a un tribunal de apelación heredo-sanitario *(Erbgesundheitsobergericht).*

La demagogia nazi llega, por último, a marcar con su signo la concepción teórica y la actuación práctica del Derecho y de la Justicia. Según el doctor Frank, ministro y comisario de Justicia del Reich,

en su discurso a la Liga de los juristas alemanes nacional-socialistas, *el derecho ha de estar determinado por la protección a la substancia racial del pueblo alemán, y la justicia se identifica con la efectividad de los intereses del pueblo germano puesto en pie.*

Respeto a la personalidad humana, derecho, justicia... ¿Pero es que nociones como éstas pueden tener cabida en la mente del nuevo *superhombre?* Unas frases de Hitler, pueden echarlas abajo. Por ejemplo, las del Congreso de su partido en 1929 *(Völkischer Beobachter,* 7 de agosto): *Si Alemania tuviese un millón de niños por año e hiciese desaparecer de 700.000 a 800.000 de los más débiles, el resultado sería un aumento de fuerzas.* La doctrina de Hitler, en defensa de la obligatoriedad del suicidio para los débiles, enfermos y mutilados (vid. *Mein Kampf,* p. 45 y ss.), se completa, sin duda, con la de Rosenberg *(Mythus,* p. 588), cuando propone introducir la poliginia, para la superproducción de individuos bien dotados, a cargo de los que reunan las más valiosas cualidades transmisibles... No es posible abrigar ya duda alguna sobre la renovación moral aportada por el racismo.

ALFREDO MENDIZABAL

Cahiers de la Nouvelle Journée (núm. XIII, 1928), «France et Allemagne», par J. de Pange, J. de Préchac, P. Lyautey, H. Platz, G. Hoog.
Czech-Jochberg (E.): «Hitler. Un movimiento alemán» (trad. esp. 1931).
Eccard (F.): «Hitler et son armée». Revue des Deux Mondes, 1 oct. 1932.
Feder (G.): «Der deutsche Staat auf nationaler und sozialer Grundlage», 1932.
Feder (G.): «Das Programm der N. S. D. A. P. und seine weltanschaulichen Grundlagen», 1930.
Gerdemann-Winfried: «Christenkreuz oder Hakenkreuz?», 1931.
Goebbels: «Wege ins dritte Reich».
Goldstein (J.): «Rasse und Politik», 1921.
Goldstein (J.): «Deutsche Volksidee und deutschvölkische Idee», 1927.
Grant (M.): «The Passing of the Great Race», 1927.
Guenther (H.): «Rassekunde des deutschen Volkes», 1928.
D'Harcourt (R.): «Dictature hitlérienne et catholiques d'Allemagne». Revue des Deux Mondes, 15-VI-1933.
Hartmann (H.): «Die junge Generation in Europa», 1930.
Hayes (H.): «Nationalism», 1929.
Hilckmann (A.): «El nacionalsocialismo alemán: sus raíces espirituales». El nacionalsocialismo frente al Cristianismo y a la Iglesia. Razón y Fe, octubre 1932.
Hitler (A.): «Mein Kampf», 1924.
Hovorka: «Zwischenspiel Hitler». Ziele und Wirklichkeit des Nationalsozialismus, 1932.
Jung (R.): «Der nationale Sozialismus», 1922.
Laurent (R.): «Les origines idéologiques du mouvement national-socialiste allemand». Revue des sciences politiques, 1932.
Lichtstrahl (J.): «Une assemblée de la Ligue nationale-socialiste des instituteurs à Berlin». La Vie Intellectuelle, 25-VII-1933.
Lung (P.): «Nationalsozialismus», 1932.
De Man (H.): «Sozialismus und Nationalfaschismus», 1931.
Moeller van der Bruck: «Das Dritte Reich». Das grundlegende Buch des neuen deutschen Nationalsozialismus.
Mueller-Walbaum (W.): «Vom ewigen Gral».
Noetger (J.): «Nationalsozialismus und Katholizismus».
Oehme: Kommt «das dritte Reich»?, 1930.
Ohlemueller (G.): «Nationalsozialismus und Katholizismus», 1933.
Ottwalt: «Deutschland erwache!». Geschichte der Nationalsozialismus, 1932.
Rosenberg (A.): «Der Mythus des 20. Jahrhunderts» (2.ª ed., 1931).

Savantier (A.): «Le Centre catholique et le chancelier Hitler». La Vie Intellectuelle, 25-II-1933.
Scheunemann (W.): «Der Nationalsozialismus». Quellenkritische Studie seiner Staats und Wirtschaftsauffasung, 1931.
Strasser (G.): «Freiheit und Brot», 1928.
Strasser (G.): «Hammer und Schwert», 1928.
Strasser (G.): «Nationalsozialistische Briefe». IV Jahrg, 1929.
Türmer (K.): «La situation des organisations de paix en Allemagne hitlérienne». La Vie Intellectuelle, 10-VII-1933.
Union d'Études franco-allemande de professeurs catholiques. «Dynamisme allemand et statisme français», par J.-T. Delos, H. Platz, A. Dempf, E. Borne, K. Schuemmer, H. Loetschert, K. Petraschek, L. Le Fur. Éditions du Cerf, 1932.
Warwrzinek (K.): «Die Entstehung der deutschen Antisemitenparteien», 1927.

QUEVEDO

Brote, en Madrid, de raigambre montañesa. Como Lope, como Calderón; de algún modo, también como Garcilaso, si se hace extensiva la mirada a toda la Castilla nueva. Es la antigua trayectoria racial y nacional.

Solar en la Montaña, Valle de Toranzo. Señorío manchego en la Torre de Juan Abad. De éste serán carcoma, rábulas y leguleyos, gentes a quienes—sin perjuicio de combatirlas en una misma laya de procesos curialescos—desprecia D. Francisco, no con razón, sino con algo más subido: con hidalguía.

Pero de esta hidalguía suya da cuenta su espada; y él, con ella, en dos reveses ágiles y ciertos, ganándole ingeniosamente *los grados del perfil,* del artificio donde se pierde, esgrimiendo en silogismos, el retórico diestro Pacheco de Narváez.

Porque su espada—proyección y secuencia de sí mismo—es enemiga de artificios y de vacuidades. Con ella, no matón, sino valiente, ardido, ardiente, duro, penetrante, certero, en un puro apurarse mentalmente por el imperio de lo justo, de lo ajustado, de lo límpido, se hace agudeza y filo, punta y corte; se hace todo su espíritu de acero, aguda y fina espada punzadora, para hacer así efectiva, viva, flamígera, su razón —su razón de ser, la razón íntima y viva en que su ser entero se convierte durante el continuo dinámico de su vida—y para que así hecha su razón agudísima espada traspase de parte a parte el ánimo de quien tuvo el atrevimiento—y la ventura—de hacerle frente, como cuando llevando a vías de hecho el apremio de su razón, su razón misma, en las gradas de San

Martín deja sin vida—y con razón—a quien, duplicando profanaciones, faltó a los respetos que el templo y la mujer demandan de todo cristiano caballero, osando, en el recinto de aquél, agraviar la debilidad de ésta... y su hermosura, estímulo que precisamente porque es también espíritu, no pasara a Quevedo inadvertido, cuando salió tan denodado a su defensa.

Escueto y uno; exasperado de concisión, de compresión, de represión conceptual; tirano y esclavo de sus conceptos; en frenesí de sobriedad, de unicidad, pero, en el empuje irrefrenable de su viveza, múltiple y vario, insaciable. Sobrio y escueto en la dura y atormentada figuración de sus pensamientos; pero lleno de fuego que llamea, de ansia que no se sacia, de una riqueza inmensa—quizá de la mayor riqueza mental de toda nuestra literatura—en cuanto al contenido variadísimo de aquellos. Piensa con álgido, con máximo rigor; pero piensa en todo. En todo piensa con ese frenético rigor. En todo: desde la adolescencia hasta la senectud, desventurada y achacosa. Acucia, volanderos, los papeles por los rincones de las ruas, no hurta a la lectura ni el breve paso en el vetusto coche señorial, agota códices y pergaminos, apenas hay erudito de su tiempo con quien no corresponda, no hay claro entendimiento en la historia del espíritu a la embriaguez de cuya luz no se entregue, insaciable. Pero en el centro de ese cosmos múltiple, ebullente, heterogéneo, ilimitado, Quevedo, siempre—fijo, inmutable—mira a su Dios, ordenador del mundo, y contempla al Cristo, Verbo, mente, legislador supremo de todos los órdenes universales. Hay, en todo, una infinitamente sabia regulación de las cosas; hay unas miras eternas de Dios sobre lo creado, una providencia suya, una *política de Dios;* y hay un régimen, que el Verbo mismo de Dios sanciona y guarda: *un gobierno de Cristo.*

Teólogo, filósofo, hagiógrafo, poeta, político, novelista... y, sobre todo, crítico del mundo. Crítico de tal receptividad para su miserable y grotesca desolación, que al percibirla y

reflejarla con esa insuperable lucidez y esa vivificadora fidelidad, tan de Quevedo solas, parece un cínico sin pudor, un escéptico desdeñoso y sin entrañas. Es todo lo contrario: profundamente humano, pudo él decir, como el primero, que nada humano reputaba ajeno; pero también, como San Pablo, estaba claveteado por la verdad de que *la figura*—ligera, fantasmal y fugitiva—*de este mundo, se pasa.*

Quevedo, habiendo visto con tal claridad la doble mentira de esta vida, que aun a su ser fugaz traiciona y engaña, tiene derecho a decirlo; para captar el agrio humor de burla que tal cuadro rezuma, tiene también derecho a recogerle y reproducirle, recompuesto y sazonado en el ácido ingenio suyo, con aquella desenvoltura que parece cinismo, y es en el fondo humana y saludable piedad, porque previene o cura, con el acerbo cauterio del desengaño, administrado a veces en el sarcástico juego de sus burlas audaces, el único remedio racional a la miseria de la vida: conocerla para menospreciarla, y menospreciarla esperando de otra la salvación de la miseria presente.

Con su punta y su filo, con su seco ardimiento agudo, ha atravesado Quevedo, desde el primer botonazo del primer encuentro, la carne de la vida mortal. Y un sabor incurable a desengaño le queda para siempre. No hay—no sabemos que haya—en la literatura española, difícil es que haya en la de ningún otro pueblo, una voz más secamente, más agriamente, más sarcásticamente, más certeramente desesperada del mundo, más burlescamente compasiva del mundo, que la voz de Quevedo. No hay ninguna que con más dolorosa—piadosa y cruel—lucidez haya sabido reflejar esta lamentable miseria de la vida. Verla fríamente es su destino, su ventura; decirla en chanza, en burla, en jácara, en donaire, en ironía, en sarcasmo, en desprecio, su propio y vivísimo estilo, su aventura.

Desesperado: fría, humorísticamente. Por las dos cosas—y por su inmensa fe—ávidamente esperanzado mirando al horizonte, para él tan luminoso y confortante, de la muerte.

Él es, como pocos, España... Él es—también en esto como España—espada de dos filos: con uno rasga y raya finamente el cielo en la rendija por donde filtra desde él la luz con que se ilumina nuestra miseria terrenal, y con otro, de humor y de sarcasmo (que pueden ser también piedad), rompe el costado áspero del retablo mugriento de este mundo, dejando que así mane el humor de la burla que en el mismo se engendra y que le envuelve.

Él es—también de este otro modo como España—espada de dos filos: el de su vida y el de su pensamiento. Su vida tumultuosa, agitada, sacudida por las más contradictorias alternativas; en tantas horas, miserable. Nápoles y Madrid supieron de su gran valimiento, cuando era personaje cortesano y cortejado; Venecia, León, su adusto señorío de Juan Abad, de su desgracia, de su persecución y de su ruina. Viejo solterón, perpetuamente enamoradizo, casose tarde y sin ventura, para enviudar a poco, aunque no tan pronto que a la viudez no le ganase ampliamente por la mano la conyugal desavenencia; y habiendo sabido tanto del amor, acaso nunca llegó a saber a qué sabía... Tuvo, pues, una vida agitada y no ejemplar; una vida—y aquí la nueva y tan castiza dualidad, no exactamente oposición, española—que casi nunca estuvo al nivel de su ejemplar pensamiento, no tanto porque aquélla fuese indigna de ordinario—aunque lo fuera muchas veces—, sino porque éste de ordinario lucía límpidamente en las alturas de la ideal pureza. No fué su vida como su pensamiento; pero acaso fué tal su pensamiento, porque así se disparó y sublimó y depuró, hasta aquellas alturas, al choque y de rebote de los turbios tumultos de su vida. Él dijo una vez en la dedicatoria de la virtud militante: *escribo de las cuatro pestes del mundo* (envidia, ingratitud, soberbia, avaricia), *no como médico, sino como enfermo que las ha padecido. Temo... que antes me temerán por el contagio, que me estimarán por la doctrina. Yo pretendo que el nombre de V. S. me sea antídoto eficaz, para que en mí agra-*

dezca quien me leyere la experiencia con su escarmiento: pues acontece que el doliente dé más segura razón de la enfermedad que padece, que el médico de la que curó. Más importa, para aborrecerle, saber del malo cuán molesto y peligroso es el mal, que del doctor las medicinas que hay para guarecer dél: porque muchas veces el saber los remedios que hay para los peligros, anima a no recelar de los peligros que hay. Sirvió su pensamiento, en todo caso, para esclarecer su vida, para clarificarla, como a todas las que, aun muy de lejos, por lo que tienen de humanas, se le parecen, para que a la luz de tal pensamiento se perciba con claridad la miseria de ellas—y su sentido.

Y así Quevedo doblemente—espada de dos filos—nos alecciona: con el ejemplo de su vida, para que en lo que tuvo de desfallecimiento y oscuridad no la sigamos; con el ejemplo de su pensamiento, para que a la estricta exigencia del arquetipo puro que proclama tratemos de ajustar nuestra conducta.

Es este pensamiento demasiado rico y abundante para que, ni aun limitándose a una de sus manifestaciones, pueda abarcarle la selección que por fuerza ha de encerrarse en la brevedad de unas páginas; pero de tal manera encarna esa riqueza suya en todas y cada una de sus partes, y las nutre y enciende, que aun siendo pocas las que se tomen de muestra, bastan para que en ella se cate y goze intensamente el áspero y maduro sabor esencial y substancial, el sabor vivo y perenne de ese pensamiento.

J. M. S. G.

NOTICIA Y DESENGAÑO DE LA VIDA

EL intento de los estoicos fué despreciar todas las cosas que están en ajeno poder, y esto sin despreciar sus personas con el desaliño y vileza; seguir la virtud, y gozarla por virtud y por premio; poner al espíritu más allá de las perturbaciones; poner el hombre encima de las adversidades, ya que no puede estar fuera, por ser hombre; establecer por la insensibilidad la paz del alma, independiente de socorros forasteros y de sediciones interiores; vivir con el cuerpo, mas no para el cuerpo; contar por vida la buena, no la larga; no por muchos los años, sino por inculpables. Tantos contaban que vivían como lograban. Vivían para morir, y como quien vive muriendo. Acordábanse del mucho tiempo en que no fueron; sabían que había poco tiempo que eran. Vían que eran poco y para poco tiempo y creían que cada hora era posible que no fuesen. No despreciaban la muerte, porque la tenían por el úl-

timo bien de la naturaleza: no la temían, porque la juzgaban descanso y forzosa.

(Nombre, origen, intento, recomendación y descendencia de la Doctrina estoica.)

Es, pues, la vida un dolor en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella. Considéralo como el plazo que ponen al jornalero, que no tiene descanso desde que empieza, si no es cuando acaba. A la par empiezas a nacer y a morir, y no es en tu mano detener las horas; y si fueras cuerdo, no lo habías de desear; y si fueras bueno, no lo habías de temer.

Antes empiezas a morir que sepas qué cosa es vida; y vives sin gustar de ella porque se anticipan las lágrimas a la razón. Si quieres acabar de conocer qué es tu vida y la de todos, y su miseria, mira qué de cosas desdichadas ha menester para continuarse. ¿Qué yerbecilla, qué animalejo, qué piedra, qué tierra, qué elemento no es parte o de tu sustento, abrigo, reposo o hospedaje? ¿Cómo puede dejar de ser débil, y sujeta a muerte y miseria la que con muerte de otras cosas vive? Si te abrigas, muere el animal cuya lana vistes; si comes, el que te dió sus-

tento. Pues advierte, hombre, que tienes tanto de recuerdos y memoria como de alimento.

(La Cuna y la Sepultura.)

¿Cuál animal, por rudo que sea (escoge el más torpe), es causa de sus desventuras, tristezas y enfermedades sino el hombre? Y esto nace de que ni se conoce a sí, ni sabe qué es su vida, ni las causas della, ni para qué nació. No te ensoberbezcas, ni creas que fuiste criado para otro negocio que para usar bien de lo que te dió el que te crió.

Vuelve los ojos, si piensas que eres algo, a lo que eras antes de nacer; y hallarás que no eras, que es la última miseria. Mira que eres el que ha poco que no fuiste, y el que, siendo, eres poco, y el que, de aquí a poco, no serás: verás como tu vanidad se castiga y se da por vencida.

¡Grandes cosas caben en el entendimiento del hombre! ¡Gran dignidad es la suya, pues tiene alma semejante a Dios, inspirada de El, y eterna! Mucho le favorece Dios, pues le dijo que todo lo criaba para que le sirviese a él todo, y que todo lo ponía debajo de sus pies. ¿Quién cabrá con el hombre ni se averiguará con él, cierto de estas cosas, que, cuando se desvanece, le dejan tan divertido que no tiene razón

para considerarlas como deben ser, y entenderlas como se las dieron?

Pues siendo cierto que caben grandes cosas en el entendimiento del hombre, es más cierto cuán pequeñas son las que se le embarazan con la estima de las cosas que sólo merecen desprecio. Alma eterna semejante a Dios tiene: mas no la tiene ni la trata como a semejanza de Dios ni como a eterna, mientras la hace seguir al cuerpo y la olvida por cualquier apetito.

(La Cuna y la Sepultura.)

De verdad te digo, hombre, que no tuvieran los hombres vanos deseos si usaran del entendimiento como debían: no los vencieran las apariencias de las cosas, no, por cierto, ni se les atrevieran. Si de todas las cosas que te faltan, y ves en otro, hicieras tal examen, en vez de desearlas tuvieras lástima a quien tienes envidia.

Debías considerar para qué cosas te hace falta a ti, cuál es en sí la cosa y qué provecho da su uso al dueño de ella. ¿Ves la mujer hermosa y al mancebo poseído de su belleza? Mira primero para qué te hace falta: para un breve contento, a quien da prisa un dolor forzoso y natural, a quien precede una vergüenza enterada de su horror y un menoscabo de las

fuerzas y virtud natural y de la vida, pues engañada con el placer la salud, sin dejar saber a los más qué es vejez, los llega a la muerte.

Pues si miras en sí qué es la hermosura que te aparta de toda paz y de todo bien, verás que es un cautiverio de tus sentidos, donde tu memoria, entendimiento y voluntad padecen servidumbre de vicio, a quien da imperio sobre ti el regalo y amor y pasión.

(La Cuna y la Sepultura.)

Vives pobre casa, sea cabaña: ves al poderoso (a lo menos al que nos pretende hacer creer que lo es) en grandes palacios. ¡Cosa es digna de risa! ¿Qué te falta a ti en la cabaña que te abriga y te cubre todo? ¿Puede el rico ocupar del palacio con su cuerpo más que tú con el tuyo? No por cierto. Pues ¿de qué le sirve lo que le sobra, o lo que no le sirve, o lo que sirve a otros? Sin razón te quejas de la casilla, que te da todo lo que tiene y lo que has menester y te basta. Si tuvieras muchos cuerpos y tu grandeza te necesitara de mayores espacios, perdonárate los sentimientos; mas siendo uno solo, tal que no hay aposento tan estrecho adonde no sobre habitación, ¿qué envidias y qué lamentas?...

. . . .

Pobre estás y seguro de lo que no lo están los ricos; váyase lo uno por lo otro. Ves largas rentas en tu vecino, gran cantidad de hacienda y posesiones, copia innumerable de oro y joyas: dime, ¿qué otra cosa es eso que desigual carga al que, aun desnudo, camina cargado de sí propio? Sin duda irá con poca comodidad, ajeno de descanso y temeroso. Veamos: este que lo tiene ¿ha de pasarlo desta vida? No. ¿Puede gozarlo en ésta? Tampoco, si no lo da a los que lo han menester, pues para eso lo tiene en depósito y administración...

(La Cuna y la Sepultura.)

«Perdí los ojos.» Perdí los que pierden a muchos. Mal es el no ver, mas peor es el ver para mal. «Perdí los ojos.» Perdí un sentido por donde suelen perderse todas las potencias. «Perdí los ojos.» No digo bien: perdiéronlos los apetitos desordenados, los afectos perniciosos. Cerré las puertas a la entrada de todos los vicios. No sé por donde voy, ni los delitos saben por donde venir a mí. No viendo, voy tentando; y si viera, fuera tentado. «Perdí los ojos.» Y tropiezo en lo que no veo; mas era peor, cuando vía, caer en lo que miraba. «Perdí los ojos.» No es gran pérdida la que sustituye un palo, la que suple un

perrillo, la que disimula un niño. «Perdí los ojos.» Hombres y mujeres ha habido que por su quietud se los han sacado. Si no hubiera visto, sintiera no ver; mas como sé que son pasadizo de todos los pecados, me consuelo de haber perdido la vista. «Perdí los ojos.» Y el distraimiento del entendimiento, y el divertimiento de la contemplación, y el contagio de la voluntad. Quien conoce los males que ocasionan, con tanto gusto los cierra para no ver como para dormir. Son de tanto desasosiego, que sólo descansa el hombre cuando los cierra. Mejor los cierra quien los pierde que quien los cierra, pues no podrá volverlos a abrir. «Perdí los ojos.» Poco antes que los había de perder. De la muerte es esta doctrina. Hasta que el hombre pierde los ojos no empieza a descansar. Tales son que Jesucristo nuestro Señor dijo: «que si el ojo fuera malo, lo será todo el cuerpo»; y mandó «que si el ojo derecho me escandalizare, no sólo le saque, sino que le arroje fuera de mí». Estas palabras para quien tiene ojos son preceptos; para mí, que los perdí, consuelo.

(De los remedios de cualquier fortuna.)

«Perdí los hijos.» Si se habían de perder, fué ganancia. «Perdí los hijos.» Quien dice que pierde lo

que debe cuando lo paga, niega lo que debe. «Perdí los hijos.» Más propios eran de quien te los prestó y no los cobra, que de ti, que los pagas. Deudor eras y padre te llamabas. Delante van los que vinieron después de ti: quien te los dió los lleva; a ti te toca no mirar cuánto vivieron, sino cómo vivieron. Quien te dió los hijos los dió la vida; como le agradeciste lo uno, le has de agradecer lo otro. «Perdí mis hijos.» Porque lo eran, o los habías de perder, o te habían de perder ellos. Si te murieras, te quejaras de dejarlos desamparados; si se mueren, te quejas de que te dejan solo; no quisieras morir ni que se murieran. Dirás que vivieron poco: ¿de qué sabes, si vivieran más, si murieran peor? Juvenal dice que se pida a Dios ánimo esforzado, que carezca del terror de la muerte; que cuente entre las mercedes el último espacio de la vida. Teme que Dios castiga muchas veces a los hombres concediéndoles lo que desean. La muerte ejecuta los plazos que dió el acreedor; al que debe, sólo le toca pagar. Alégrate de ver a tus hijos fuera de la obligación, y disponte a salir de la tuya. «Dirás que eran mancebos, y tú viejo.» La muerte acaba los años, no los cuenta; deja al que sale, y llévase al que viene. Tú, que los engendraste, no les diste más vida. ¿Y te lamentas de lo que no les diste? Todos viven hasta la muerte: tus hijos vi-

vieron lo que todos. «Dirás que quedas sin heredero.» Ya te dije que el tiempo te lo dará. Los hijos, que perdiste cuando murieron, hallarás cuando te mueras. Según esto, no digas que los pierdes, sino que los sigues.

(De los remedios de cualquier fortuna.)

AVISO Y ESPERANZA DE LA MUERTE

«Morirás.» Fuera verdad entera si dijeras: Has muerto y mueres. Lo que pasó lo tiene la muerte, lo que pasa lo va llevando. «Morirás.» Desde que nací lo sé; por eso lo espero y no lo temo. «Morirás.» No dices bien; di que acabaré de morir, y acertarás, pues con la vida empecé la muerte. «Morirás.» Dícesme lo que sé, y callas lo que no sé, que es el cuándo. «Morirás.» Con todos hablas; y todos te sacarán verdadero, y tu vida a ti propio. «Morirás.» Si he vivido bien, empezaré a vivir; si mal, empezaré a morir. «Morirás.» No me alborota hacer lo que todos han hecho y lo que todos harán. «Morirás.» Primero me lo dijo la naturaleza. «Morirás.»

Es vana amenaza, pues ninguno es tan necio que rehuse lo que hace: no hay hora que yo no muera. ¿Por qué he de temer lo que hago? ¿Por qué he de rehusar llegar adonde me llevo? «Morirás.» No viviera con esperanza de descansar, si no esperara morir...

. . . .

«Morirás.» Si hubiera alguno a quien no lo pudieras decir, me entristecieras. «Morirás.» No podré de otra manera seguir a muchos y ser seguido de todos. «Morirás.» No hay otro camino, para pasar a vida, sino muerte. Mientras lo dijeres a todos no podrás mentir; y no hay en todos uno en quien no puedas mentir, si le dijeres que vivirá.

(De los remedios de cualquier fortuna.)

...Ningún hombre muere de repente; de descuidado y divertido, sí. ¿Cómo puede morir de repente quien desde que nace ve que va corriendo por la vida y que lleva consigo la muerte? ¿Qué otra cosa véis en el mundo sino entierros, muertos y sepulturas? ¿Qué otra cosa oís en los púlpitos y leéis en los libros? ¿A qué volvéis los ojos que no os acuerde de la muerte? Vuestro vestido que se gasta, la casa que se

cae, el muro que envejece, y hasta el sueño cada día os acuerda de la muerte, retratándola en sí... No os habéis de llamar, no, gente que murió de repente, sino gente que murió incrédula de que podía morir así.

(El Sueño del Infierno.)

Ya formidable y espantoso suena,
dentro del corazón, el postrer día,
y la última hora, negra y fría,
se acerca, de temor y sombras llena.
Si agradable descanso, paz serena,
la muerte, en traje de dolor, envía,
señas da su desdén de cortesía,
más tiene de caricia que de pena.
¿Qué pretende el temor desacordado
de la que a rescatar, piadosa, viene
espíritu en miserias añudado?
Llegue rogada, pues mi bien previene,
hálleme agradecido, no asustado;
mi vida acabe y mi vivir ordene.

(Un Soneto a la muerte.)

Recelar decir a vuestra merced que se muere, es

acusarle el discurso de hombre y negarle la razón. Bien claro se lo dijo el primer instante de su nacimiento. ¿Qué día se lo ha callado? ¿Qué hora, qué instante no ha sido cláusula con que el tiempo ha pronunciado a vuestra merced esta ley, que llama sentencia?

Señor, vuestra merced está ya fuera de la porfía de los remedios y de la presunción de la medicina. Ya los médicos reconocen que esto por la enfermedad ha venido a ser paga y restitución a la naturaleza; vuestra merced reconozca la justicia, y no haga pleitear a la tierra lo que la debe. Prevéngase vuestra merced, obedeciendo a San Pablo: «Arrojemos, pues, las obras de las tinieblas, y seamos fortalecidos con las armas de la luz.»

Menester es desnudarse de las tinieblas quien se quiere vestir de claridad. Debe vuestra merced oír lo que le digo, con gozo y no con tristeza; restituír con dolor es negar; obedecer con lágrimas y gemidos no es virtud, sino villanía: «Los que vivimos en este tabernáculo gemimos, por que no queremos ser despojados, sino sobrevestidos de tal manera, que sea lo mortal incluído en la vida.» Quisiéramos morir sin muerte, y que la vida nueva conmutara en sí la ya cansada y caduca.

Vuestra merced dé buenas nuevas a su alma y a

su cuerpo; al uno se le previene descanso, a la otra libertad.

Necedad es temer lo forzoso, y delito negar lo debido.

Ya, señor, se acabaron todos los negocios; la hacienda se queda, la salud nos fatiga, la vida nos deja. Solo hemos de tratar de calificar el olvido para los unos y el desprecio para los otros. Toda la vida se han llevado aquellos cuidados; levantado se han con las horas aquellas vanidades y distraimientos.

Demos a la conciencia esto que ya sobra a todas estas cosas referidas, y no le aflija a vuestra merced aquel desperdicio de tantos años, abreviado en este punto, que nos aguijan los accidentes y parasismos.

Oiga vuestra merced a San Pedro Crisólogo cómo le anima, de qué manera le exhorta en el sermón XLII: «Esta es la grande y larga y sola misericordia de Cristo, que guardando todo el juicio para un día, disputó todo el tiempo para las treguas de la penitencia, para que la parte que de los vicios recibe la niñez, arrebata la mocedad, recoge la juventud, o la corrija la vejez, o por lo menos entonces le pese de haber pecado, cuando siente que ya no puede pecar y deje el reato, cuando el reato le hubiere dejado a él; haga de la necesidad virtud; muera ino-

cente quien todo vivió en delito.» ¿Qué hay que temer con esta misericordia que perdona si dejamos el pecado; que nos admite si el pecado nos deja, que guarda todo el juicio para un día, y todos los días para espacio, plazo y espera del arrepentimiento y de la penitencia?

Apadrinado de este consuelo, vengo a decir a vuestra merced que su vida va acabando de ser muerte para empezar a ser vida. Así lo espera vuestra merced en los méritos de la sangre de Jesucristo, en la intercesión de los santos, en el patrocinio de la madre de Dios. No me acuerdo de obras ni virtudes, que no es ocasión de confiar por nosotros; menos de desconfiar con los tesoros de la clemencia divina...

. . . .

Si (el Demonio) dijere: «Hombre, que esperas salvarte, concebido en pecado, y tú, pecador gravísimo, en tribunal de Dios, cuya justicia halló mancha en sus ángeles (a quien nada es oculto, ante quien tiemblan las potestades y los serafines), ¿no te contentas con ser pecador sino que añades tal insolencia como entrar en juicio con aquél a quien David decía que no entrase con él en juicio?». Respóndale vuestra merced con el propio profeta y dígale: «Yo

diré: Aparta señor tu cara de mis pecados y mírame en la cara de Cristo Jesús.»

...No sólo le confiesa vuestra merced al enemigo que ha pecado en algo, sino en mucho, antes en todo; no sólo que es pecador, sino todos los pecados.

Esto es acusarse a sí y vencerle a él. No quería él pecados de vuestra merced para que los confesara a Dios, sino para que por ellos desesperara de su misericordia; eso quería. Mas consecutivamente San Juan, el querido, el que primero se recostó en la cena tras su maestro Dios y Hombre, en el capítulo II de la misma epístola dice así: «Hijos míos, esto os escribo para que no pequéis; pero si alguno pecare, acerca del Padre tenemos a Jesucristo abogado justo, y Él propio es sacrificio por nuestros pecados.»

Este desesperado, que ni se puede arrepentir ni enmendar, con la verdad no se convence, antes se irrita, dirá: «Dios no quiere que pequen los hombres; Él manda que no pequen; ¿cómo salvándote, pecador, contradirá lo que manda?» Respóndale vuestra merced y castíguele: «Los hombres no lo hacen, que son frágiles y vengativos; tú no lo aconsejas; tú no quieres perdón para algunos, pues ni para ti lo quisiste. Dios, que es sumo bien y suma

verdad, y como es suma justicia es suma misericordia, manda que no pequemos, murió por nuestros pecados; y pecando siempre, a nuestra confesión y dolor está rogando con el perdón. Que otro no haga lo que Dios hace, que nadie sea como Dios, bien lo sabes tú; caro te cuesta; *Quis sicut Deus?* ¿Quién como Dios? Mi defensa es hoy contra ti lo que fué tu sentencia cuando empezaste a ser contra Dios: yo te repito lo que Miguel te dijo.»

Él, con ansia confiada, dirá: «¿Tú, lleno de maldades y de torpezas, irás a la Gloria y estarás descansando con Pedro y con Pablo?» Respóndale vuestra merced: «No iré, si eso fuere, sino con el ladrón, a quien, para animarle, dijo: *Hodie mecum eris in Paradiso*. Allí veré a San Pedro y San Pablo; y en el uno me será consuelo la negación, y en el otro, la enemistad que antes de convertirse tuvo con Cristo. Él miró al uno y llamó al otro; yo espero en su sangre que también para mí tendrán vuelta sus ojos y eficacia su voz. Él es mi padre, él me mandó que le llamase con este nombre; yo le alego a tu pesar estas palabras que dijo, y refiere San Lucas: «Quien de vosotros pide a su padre pan, ¿por ventura darale una piedra? Y si le pide un pez, ¿por ventura en lugar de pez darale una serpiente? O si pidiere un huevo, ¿por ventura darale un escorpión? Pues si

vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto mejor vuestro Padre celestial dará buen espíritu al que se lo pide?...»

. . . .

Falto de razones acudirá el demonio a la desesperación con insolencia sacrílega, y dirá: «Serás llevado a los infiernos.» Responda vuestra merced: «Mi cabeza está en el cielo.» Si le replicara: «Condenaráste», respóndale: «Tú, condenado eres, no condenador; enemigo y acusador, no juez.»

—«Muchas legiones de demonios esperan tu alma.»

—Desesperara si no me socorriera quien venció y castigó vuestra tiranía. Vosotros, que no esperais cosa buena y sois desesperados, ¿esperáis mi alma? Los ángeles, que son milicia de Dios, la defienden; los santos, que gozan de Dios, la amparan; la Virgen María, que es madre de Dios, intercede por ella; la sangre de Cristo y su pasión la fortalecen.

—«Vana esperanza te alienta.»

—Dios es verdad, y no puede mentir; y tú eres el padre de la mentira y el príncipe de las tinieblas.

—«Lo que dejas ves, y no lo que esperas.»

—Lo que veo es mortal y perecedero; lo que no veo es eterno. Más verdad dice la fe que los ojos;

mejor es ver lo que no miro, por las promesas de Jesucristo, que seguir lo que aparentemente engaña mi vista; tú me quieres cegar el alma, y que sólo vea con el cuerpo.

–«Desdichada cosa es morir.»

–Bienaventurados los que mueren en el Señor. En todo mientes; morir es descanso del cuerpo y justa restitución a la tierra de la parte que me ha prestado; es libertad del alma, que en cierta manera resucita. Tú me engañaste cuantas veces he creído que nací a vivir, pues en naciendo empecé la muerte. Hoy no me engañarás, que espero que muero para nacer a la que solamente es vida...

. . . .

–«Dios te quita y arranca de tu mujer y de su compañía, y la deja viuda; de tus hijos, y los deja huérfanos; ya te empieza a condenar.»

–Dios es padre de huérfanos y juez de viudas. Según esto, no pierden mis hijos padre, antes mejoran dél; mi mujer no queda viuda, pues si Dios es padre de sus hijos, mejor es tener a su Divina Majestad por juez que a mi marido. Yo le doy muchas gracias por la inefable merced que me hace de encargarse, siendo Dios todopoderoso, eterno e incomprehensible de la familia de tan miserable criatura.

Y yo, no sólo le dejo obediente la mujer y los hijos que me quita, antes se los doy reconocido, y se los ofrezco de todo corazón, por no aguardar que la muerte, que es cobrador de Dios, me ejecute por lo que yo le debo. Señor, yo pago agradecido y no apremiado; y en esto que dejo y vos recibís de mi en este paso, conozco vuestro amor, y señas en su afeto de salvación que espero por vuestros méritos; pues como dice San Agustín: «Tales nos ama Dios, cuales hemos de ser por su dádiva, no cuales fuéramos por nuestros méritos.

–«¿Qué sabes tú lo que será tu alma, ni dónde irás?»

–Yo no sé dónde iré: por mis pecados merezco ir contigo; por mi dolor y por la sangre de Cristo e intercesión de la Virgen y madre de mi juez, y por los ruegos de los santos, y por la solicitud de los ángeles y eficacia de los sufragios de la Iglesia, espero que no iré donde tu fuiste porque desesperaste. Tampoco sé lo que será de mí en cuanto al juicio; mas sé que le costé a Dios más que tú, pues al criarme añadió el redimirme.

–«Mira que con la vida se acaba todo; que no hay otra vida.»

–Mientes en eso, como en todo, pero con mayor desvergüenza. Yo creo la inmortalidad del alma

y la vida perdurable, que nunca se acaba para la pena o para la gloria. Ésta perdiste tú; estotra que niegas, la padeces; y tu condenación eterna es argumento contra tu falsa dotrina. Eterna es mi alma, eternas penas merezco por mis pecados, eterna gloria espero por la sangre de Jesucristo. Hizo eterno tu castigo, tu culpa, y ¿no había de haber eternidad para mi alma, haciéndola Dios, que la inspiró en mi cuerpo; para mí, que me arrepiento como puedo, ya que no como debo?»

(De *La Doctrina para morir.*)

FINAL DILEMA: GLORIA DE DIOS

Si me castigas, Señor, santificado sea tu nombre de justo juez en mis tormentos; si me perdonas, el de misericordioso en mi descanso; si me acojes, el de padre en mi refugio; si me consuelas, el de consolador en mi gozo; si me quebrantas, el de vengador en mis penas, que yo, Señor, no puedo, aunque lo rehuse, dejar de dar gloria y santificación a tu

nombre, pues la que no te diere (salvándome) en el cielo (como espero de ti por ti) a tu clemencia, le daré condenado a tu justicia, lo que temo.

(De la oración del Padrenuestro
en *La Doctrina para morir.*)

(Selección y nota de J. M.ª DE SEMPRÚN GURREA.)



CRISTAL DEL TIEMPO

LAS COSAS CLARAS

CATOLICISMO

¡Lo sobrenatural! ¡La noción de lo sobrenatural! Eso es lo que os falta a todos vosotros, hombres de talento y de ciencia de nuestro siglo: aun a los que habláis del Catolicismo, incluso con respeto. Porque sin la noción de lo sobrenatural que jamás habéis comprendido vosotros, ni penetrado, ni aceptado siquiera, el Catolicismo pierde totalmente su carácter absoluto, infalible y divino: deja de ser el Catolicismo para convertirse en una institución religiosa, moral o política cualquiera; y eso, aunque se convierta en una Altísima Policía majestuosa o, si me apuráis, en la mismísima civilización. Pero del Catolicismo... ¡ni señal!

De ese Catolicismo vuestro, os diría, si me lo perdonárais, que me parece una especie de casa de compromiso de las ideas. El mío es un santuario en el que solamente se admite a quien acepta el rigor incompatible de la verdad. Porque la verdad es incompatible, y sean cualesquiera las circunstancias—eso que llamáis las *necesidades de los tiempos*—a nada puede sacrificarse nunca.

Lo sobrenatural del Catolicismo es su gran noción pura: la que lo esclarece o clarifica, trasparentándolo, dándole la limpidez de un vaso de agua.

(De *L'esprit de Barbey d'Aurevilly*. Pág. 318. *Surnaturel*. París, 1908. Ed. «M. de F.»)

SIETE ESCOLIOS A LA PASTORAL

1. *Sobre dos errores sociológicos.*

Nuestro Primado recuerda, como peligros, que conviene prevenir, las doctrinas condenadas del *Sillon* y de *Action Française*. Ninguna de las dos ordena como fuera debido *la actividad moral del cristiano a su fin último* ni cumple el mandato repetido por León XIII a los gobernantes en su Encíclica *Libertas*. Todo se resuelve en sociología, puesta al servicio de la humanidad o de la patria; de la libertad, igualdad y fraternidad o de la autoridad, jerarquía y orden. En ambos casos, se funda una política que se llama católica y se desliga, sin embargo, de la teología—aunque a la teología se prodiguen toda suerte de homenajes verbales—para dar cómodamente el predominio a la ética utilitaria sobre la ética-religiosa o *actividad moral del cristiano ordenada a su último fin*.

Se pretende llegar así mejor a las masas populares. Lo que algunos llaman *ir al pueblo* suele reducirse a hablarle de las subsistencias en lenguaje cristiano, nacionalista o socialista. Se cree erróneamente que las masas y los individuos sólo se mueven por necesidades inmediatas y terrestres codicias. Se olvida que lo que más ha movido la historia política, polémica y militar del mundo—*omnia religione moventur*—es la teología. *Ad augusta per angusta*, pero también *ad angusta per augusta*. No pocos se resistirán a admitir que Carlos Maurras y Marc

Sagnier se igualen por su error sociológico o si se quiere por su limitación ante *la actividad moral del hombre ordenada a su último fin,* clave y razón suprema de la historia. La fidelidad de Maurras al positivismo de Comte—reafirmada tantas veces—garantiza de sobra, no solamente su recusación de toda metafísica y de toda teología, sino también su negación de todo orden sobrenatural, que por encima de la inducción y de la empirie, determine las leyes de la conducta social e individual. El apogeo de la complejidad creciente de Comte es la sociología. Ella corona la escala de las ciencias. En la evolución humana el *estado teológico* aparece como primitivo e inferior y viene superado por el *estado sociológico* positivo, que es el insuperable. *La sociabilidad, instinto de los instintos*—ha escrito Maurras en *L'Avenir de l'Intelligence—, juega el mismo papel que la sociología, ciencia de las ciencias.* El *Sillon* y sus congéneres van, llevados por el instinto y por la práctica, al mismo error que en Maurras es producto de reflexión y de teoría. Unos y otros se caracterizan además por ver de una manera utópica la realización de sus programas. La sociología contiene casi invariablemente estas dos tendencias: una a convertirlo todo en ética utilitaria, o economística—que es el denominador común a toda la degradación política de nuestro tiempo—, y otra a llenarse de vagos espejismos. Casi todos los utopistas son sociólogos. El Primado, al recordarnos las condenas del *Sillon* y la *Action Française,* nos previene en esta odisea española—que es odisea, una vez más, de flecos de una gran armada de la Historia—contra dos engañosas islas de Circe, a las que nunca faltan empresarios.

Maurras no ha sido condenado por lo que había en él de monárquico, de nacional y de tradicional—tanto valiera condenar a San Luis y a Juana de Arco—, sino por lo que había en él de positivista y—como dice Pío XI en su carta al Cardenal Andrieu—*por su modernismo político, doctrinal y práctico.* Era insostenible además la paradoja de agrupar a gran núme-

ro de católicos, especialmente jóvenes y universitarios, bajo el principado intelectual absoluto—dice Maritain—de un jefe descreído. Otras muchas cosas eran insostenibles en la doctrina de la *Action Française*. Y en realidad, Maurras ha sido condenado por ser un mal filósofo—por la incongruencia que había entre sus principios y sus consecuencias—, y ser un mal filósofo es una manera casi siempre de hacer sociología, llámese ésta nacionalista o internacionalista, autoritaria o democrática *(pas assez de souplesse et d'ingeniosité,* dice Maritain). Las circunstancias en que se ha verificado la condena de la *Action Française* y la resistencia de sus jefes, son harto próximas y conocidas para que se haga necesario ampliar el recuerdo.

Harto más lejana y olvidada aparece la condena del *Sillon*. En una encuesta de la *Revue Hebdomadaire* (1910), Marc Sagnier proponía una *reforma legislativa,* una *reforma económica* y una *reforma moral por infusión de un espíritu a la vez evangélico y republicano, cristiano y democrático.*

El *Sillon* transportaba instintivamente a la Iglesia su concepción sociológico-democrática del Estado y traía un sentido bastante confuso de las nociones de *Iglesia Enseñante* e *Iglesia Enseñada.* El Papa acusaba a los *sillonistas* de *haberse erigido en profesores de moral social, cívica y religiosa,* de creer que la Iglesia al cabo de diecinueve siglos no había logrado constituir a la sociedad sobre sus verdaderas bases y de suponer *que los grandes prelados y monarcas, que han creado y gobernado tan gloriosamente a la nación francesa, no habían sabido dar al pueblo ni la verdadera justicia ni la verdadera felicidad, porque no tenían el ideal del* Sillon... (Acta *Apostolicæ Sedis.* Encíclica a los Obispos de Francia.) Los sillonistas, exclusivamente embelesados con sus ilusiones sociológicas y economísticas, mostraban ciertamente una excesiva frialdad por aquellos *grandes monarcas y prelados* que hicieron cristianísima y poderosa a la nación francesa. Querían ser innovadores y mejoradores con unos programas, que mirados hoy, al

cabo de algún tiempo y a buena luz intelectual, habían de parecer cosa bien pobre, frígida y anodina junto a las grandes creaciones sociales, de orden nacional o universal, inspiradas por el catolicismo. En su Encíclica, el Santo Papa Pío X advertía a los sacerdotes *que no se dejen desorientar en el dédalo de opiniones contemporáneas con el espejismo de una falsa democracia y que no tomen, de la retórica de los peores enemigos de la Iglesia y del pueblo, un lenguaje enfático, lleno de promesas irrealizables...* Añadía Su Santidad, *que estén persuadidos de que la cuestión social y la ciencia social no nacieron ayer, y que en todo tiempo, Iglesia y Estado, cuando se han concertado felizmente, han suscitado en este punto organizaciones fecundas... que la Iglesia, que jamás ha traicionado al pueblo con alianzas comprometedoras, no tiene por qué desembarazarse del pasado, y que basta volver a tomar, con el concurso de los verdaderos obreros de la restauración social, los organismos rotos por la Revolución, adaptándolos, con el mismo cristiano espíritu que los inspirara, al nuevo ambiente creado por la evolución material de la sociedad contemporánea, porque los verdaderos amigos del pueblo no son revolucionarios ni innovadores, sino tradicionalistas.* Este tradicionalismo, tal como el Santo Papa Pío X lo entendía, tal como lo entiende la Iglesia, es el incremento armonioso y homogéneo del árbol de la cristiandad, la perenne conjugación católica de modernidad y eternidad, la incesante renovación y la revolución incesante en el orden, hacia el Primer Motor, *propter primum motorem,* según la expresión de Santo Tomás.

2. *Sobre Federico Ozanam.*

Mientras comentamos la Pastoral de nuestro Primado la Iglesia conmemora la obra y la figura de Ozanam, uno de aquellos a quienes Pío X prefirió de modo eminente entre los

verdaderos obreros de la restauración social. El P. Janvier ha hecho este retrato de sus cualidades: *El pensamiento desembarazado se despliega, abre a la meditación anchos y luminosos horizontes, se expresa en una lengua cálida y abundante, donde se admiran sin querer la magnificencia de las imágenes, el fuego del entusiasmo, el esplendor de la poesía. Los textos se despojan de su corteza y ofrecen su secreto, las crónicas de mil años rejuvenecen, los episodios conmovedores animan la aridez de los temas, las leyendas graciosas templan el rigor de los silogismos, los acontecimientos se encadenan, las figuras reviven, los siglos desvanecidos se incorporan...*

A esta gran naturalidad católica y soleada, que es siempre la misma—de San Agustín a Bossuet, de Bossuet a Menéndez Pelayo—, unía Ozanam los dones que provienen del orden sobrenatural. *No es*—dice el P. Janvier—*una criatura que urge a sus semejantes para hacerles cambiar de ideas o de costumbres, es Dios mismo quien por una boca mortal interpreta y exhorta a las almas y quien con la luz deslumbradora de su espíritu y la fuerza invencible de su amor ilumina las inteligencias más tenebrosas y doma las voluntades más recalcitrantes* tanquam Deo exhortante per nos. *Ozanam en todas partes, en sus cursos, en sus conversaciones íntimas, en sus epistolarios, lleva consigo esta potencia misteriosa y conduce a su generación a alturas donde se respira el aire de la eternidad.*

Dorado del gran sol por dentro, Federico Ozanam—*ardor et candor*—nos revela ese gran estío católico y maduro de que habla Thibaudet, frente a todas las ateridas y otoñales figuras que tentaron—y tentarán siempre—convertir este gran estío en un pobre y anémico *veranillo de San Martín.* Luis le Four, profesor de la Universidad de Caen, señala este rasgo en la figura del Fundador de las Conferencias: *Ozanam*—dice—*proscribe toda burocracia y papelería, que son el vicio del Estado; odia el fariseísmo y triunfa en el empeño difícil de conciliar una humildad perfecta con la elusión de toda clandestinidad.*

3. *Sobre los poderes constituídos.*

No deja de exponerse en la Pastoral del Primado, con todas las reservas oportunas, la doctrina de la Iglesia en cuanto a la sumisión a los poderes constituídos, ni deja tampoco de recordarse la misma doctrina de la Iglesia en cuanto al derecho y aun al deber de resistencia a la ley injusta. Dice ya nuestro Padre Pío XI en su Encíclica *Dilectisima nobis,* al tratar de la separación de la Iglesia y el Estado, que *no menor daño es el que recae sobre la misma autoridad civil, la cual, perdido el apoyo que la recomienda y la sostiene en la conciencia de los pueblos, es decir, faltando la persuasión de ser divinos su origen, su dependencia y su sanción, llega a perder, junto con su más grande fuerza de obligación, el más alto título de acatamiento y de respeto.*

Que la Iglesia agote como está agotando hoy y como ha agotado siempre en la historia, su prudencia y su paciencia para sostener la sumisión de los fieles al poder constituído no quiere en manera alguna decir que de necesidad la Iglesia y los fieles solamente puedan adoptar esa posición ante dicho poder constituído. Ni en manera alguna puede decirse que caen en herejía o en error teológico los fieles cristianos que defiendan la hipótesis de la posible resistencia activa y pasiva, espiritual y física al poder injusto, cuando se den aquellas condiciones en que la misma Iglesia ha tolerado y aun animado dicha resistencia *liberando a los súbditos*—como antes se decía—*del juramento de fidelidad.* No conviene exponer en estas materias una parte de la verdad, sino la verdad toda entera, con perfecta objetividad crítica. Siempre el católico debe acatar las normas de la Iglesia en cada momento, pero el católico debe entender bien que es y ha sido siempre potestativo de la Iglesia el adoptar por lo menos cualquiera de estas tres actitudes en cuanto a las relaciones de los fieles con el poder civil:

a) Unión de los católicos, con expreso acatamiento al régimen constituído (fué lo que recomendó León XIII a los católicos franceses en 3 de mayo de 1892).

b) Unión de los católicos, sin hacer expresa recomendación de acatamiento al poder constituído (fué lo que recomendó Pío X a los mismos católicos franceses en 17 de julio de 1909).

c) Unión de los católicos, dejándoles en libertad para acatar o no al régimen constituído y no imponiéndoles pena ni traba si mueven la guerra civil contra dicho régimen.

San Roberto Belarmino y Francisco Suárez son los teólogos que con mayor autoridad y lucidez han formulado el derecho a la resistencia *armada* frente al poder injusto. Balmes, con su ponderación y objetividad acostumbradas, ha resumido esta doctrina, que merecería ciertamente aquí mayores y mejores ilustraciones. *Pero si el poder supremo*—dice Balmes—*abusa escandalosamente de sus facultades, si las extiende más allá de los límites debidos, si conculca las leyes fundamentales, persigue la religión, corrompe la moral, ultraja el decoro público, menoscaba el honor de los ciudadanos, exige contribuciones ilegales y desmesuradas, viola el derecho de propiedad, enajena el patrimonio de la nación, desmembra las provincias, llevando sus pueblos a la ignominia y a la muerte, ¿también en este caso prescribe el catolicismo obediencia?, ¿también veda resistir?, ¿también obliga a los súbditos a mantenerse quietos, tranquilos, como corderos entregados a las garras de bestia feroz?, ¿ni en los particulares ni en las Corporaciones principales, ni en las clases más distinguidas ni en el cuerpo total de la República, en ninguna parte podrá encontrarse el derecho de oponerse, de resistir después de haber agotado todos los medios suaves, de representación, de consejo, de aviso, de súplica? ¿También en casos, tan desastrosos, la Iglesia católica deja a los pueblos sin esperanza, a los tiranos sin freno? En tales extremos teólogos gravísimos opinan que es lícita la resistencia; pero los dogmas*

de la Iglesia no descienden a estos casos; ella se ha abstenido de condenar ninguna de las opuestas doctrinas; en tan apuradas circunstancias la *no resistencia* no es un dogma. Jamás la Iglesia ha enseñado tal doctrina, y quien sostenga lo contrario, que nos muestre una decisión conciliar o pontificia que lo acredite. Santo Tomás de Aquino, el Cardenal Belarmino, Suárez y otros insignes teólogos conocían a fondo los dogmas de la Iglesia; y, sin embargo, consultad sus obras, y lejos de hallar en ellas esa enseñanza, encontraréis la opuesta.

4. *Sobre la democracia de la Iglesia.*

Se hace en la Pastoral una apología de la democracia de la Iglesia. Nada es tan justo, exacto y evidente. Lo popular civilizado—popular y divino—es una creación de la Iglesia católica. Todas las doctrinas democráticas son interpretaciones más o menos exactas, deformaciones más o menos erróneas de la idea de cristiandad. Nadie ha concebido en el tiempo y en el espacio una democracia universal de vivos y muertos como la comunidad de los fieles cristianos. Esta idea de humanidad unida, que mueve a toda democracia—según la inteligencia moderna de la historia—, no existía en la antigüedad. De San Pablo a San Agustín, de San Agustín a Bossuet, de Bossuet a Juan Bautista Vico esta idea matriz de la Historia Universal se reconoce como una idea católica por excelencia. La inseparabilidad de los pueblos y de los hombres, la noción del género humano, es una creación, una revelación cristiana. Pero nadie como la Iglesia ha demostrado en una constitución divina que Monarquía, Aristocracia y Democracia son tres momentos necesarios en la relación política, que todo gobierno exige el asentimiento y participación de muchos (democracia), la deliberación y consejo de pocos y mejores (aristocracia) y el mando de uno (monarquía). No existe régimen (llámese en lo ex-

terno y ceremonial monárquico o republicano) que no tienda a funcionar en una armonía de estos tres elementos. La apología de la democracia de la Iglesia como grey universal, es cierta. La apología de la aristocracia de la Iglesia como jerarquía con un cuerpo superior de pastores y príncipes, es cierta. La apología de la monarquía de la Iglesia como monarquía de Cristo Rey, es cierta. De la armonía de estos tres conceptos nace la apología íntegra de la Iglesia como forma perfecta de gobierno. Toda la admirable teoría del *régimen mixto* en Santo Tomás está deducida de este modelo que la Iglesia nos propone. No hay que olvidar que el Reinado de San Luis y el Reinado de los Reyes Católicos, máximos gobiernos en cuanto a la formación de una unidad civil—hasta llegar a resistencias harto notorias frente a la Curia Romana—, fueron las dos realizaciones históricas más aproximadas al modelo propuesto por Santo Tomás.

5. *Sobre la armonía de las dos Potestades.*

No solamente nuestro Primado reprueba, según enseñanzas bien claras y repetidas de la Iglesia, la doctrina de separación de la Iglesia y del Estado, sino que invoca en diversos lugares de su Pastoral la tesis de la armonía entre los dos poderes. Además de ser esta tesis uno de los mayores títulos de la Iglesia Católica en la historia de la civilización—o, si se quiere, en la historia de la moral y de la libertad como grandes móviles de la vida del mundo y del hombre—, su recuerdo se hace oportuno y necesario por el peligro previsible en que podían verse muchos católicos de transigir y aun de admitir fórmulas que fueron llamadas de liberalismo católico y cuyo error es harto manifiesto frente a la doctrina verdadera. Admitida—y por fuerza se ha de admitir—la armonía de los dos poderes—cada uno de ellos *en su género máximo,* según la expresión de León XIII—

oportet autem gladium esse sub gladio et temporalem auctoritatem spirituali subjici potestati. Quien practique, como la gravedad de los tiempos requiere, el *non erubesco Evangelium,* deberá reafirmar en todas sus consecuencias, en todo su vigor tradicional y divino, moderno y eterno, las enseñanzas de la Iglesia. La armonía de los dos poderes supone la perfecta vigencia del poder directo de la Iglesia en materia espiritual, del poder indirecto de la Iglesia en materia temporal *ratione peccati.* De aquí no se sale. Y ello supone que el poder civil no niegue a la Iglesia el concurso de la fuerza de que dispone, cuando la Iglesia requiera tal concurso para defensa de los supremos valores espirituales. Se gritará que esto es la vuelta a la Inquisición, a la quema de herejes, y aun se repetirá fácilmente la proposición condenada número treinta y tres de Martín Lutero: *Hereticos comburi est contra voluntatem Spiritus.* La armonía de los dos poderes, a pesar de todas las anécdotas agitadas por el Romanticismo de folletín, ha asegurado más a lo largo de los siglos la moral y la libertad humanas que el poder absoluto del Estado. Nada tan exacto desde el punto de vista de la crítica histórica como las opiniones de Thiers y de Comte citadas por nuestro Primado y reafirmadas recientemente por Croce. *El concepto y posición mutua de los poderes espiritual y temporal*—dice Comte—*que enseña y practica la Iglesia es el fundamento de la verdadera libertad. La libertad de conciencia*—dice Thiers—*supone como condición necesaria la existencia de una autoridad espiritual independiente del Estado.* Croce observa que una vez más, frente al fascismo, la voz de la Iglesia ha sido la voz más fuerte y más segura en su invocación a la libertad moral.

6. *Sobre un texto de San Agustín.*

Los que tienen un sentido excesivamente antiheroico y pacifista de la vida civil del cristiano deben fijarse en lo que implícitamente contiene este famoso texto de San Agustín citado por nuestro Primado en su pastoral: *Los que dicen que la doctrina de Cristo es contraria al bien del Estado, que nos den un ejército de soldados tales como los hace la doctrina de Cristo.*

Son precisamente las ideas de San Agustín las que han servido de fundamento a los teólogos católicos para elaborar las doctrinas vigentes de la Iglesia en cuanto al derecho de guerra. Pero antes de San Agustín, San Pablo, el Apóstol de la espada, dice en su epístola a los romanos (XIII-4) *no en vano el príncipe ciñe la espada siendo ministro del Señor para tomar venganza de quien hace el mal y castigarle.* Santo Tomás ha desenvuelto las ideas agustinianas; pero es a dos grandes españoles, entre los grandes—Suárez y Vitoria—, a quienes corresponde la gloria de haber formulado con mayor fijeza y extensión las normas del derecho cristiano a la guerra. El tratado *De Jure Belli,* de Vitoria y la disertación *De Bello,* de Suárez, son harto citadas y conocidas y a ellas remitimos al lector. Todavía en otro español, en Molina, los horizontes de la teoría católica de la guerra toman una mayor amplitud, que rebasa, puede decirse, los límites del *Vim vi repellere omnia jura permittiunt.* La historia puede refrescar, quizá está refrescando ya a la luz del presente, estas teorías que a muchos parecían olvidadas. Si los acontecimientos no vuelven, los principios de la verdad y de la justicia hallan sin cesar ocasión de volver. Es en defensa de la barbarie anticristiana como los pontífices han declarado las guerras más justas. *Daré todas mis tiaras de pedrería, me quedaré con una sola tiara de lino, para armar las galeras de la Santa Iglesia,* exclamaba el Papa español Calixto III. Si la ofensiva de la barbarie anticristiana se hace cada día más violenta, actual y universal, las doctrinas invariables

y permanentes de la Iglesia en esta materia podrán volver a tener una aplicación necesaria bajo el cielo de Europa. Como dice el gran Cardenal y gran hijo de la Compañía de Jesús, San Roberto Belarmino, *nada prescribe que en tales casos el martirio sea la única actitud del cristiano.* El espíritu militar ha tenido, a lo largo de la historia, las concordancias más felices con el espíritu religioso. Así como la Iglesia es milicia espiritual, la milicia corporal ha sido, en las grandes ocasiones de los siglos, brazo de la Iglesia. *Cristo es nuestro capitán general,* va clamando el gentilhombre D. Juan de Austria a las galeras formadas antes de la batalla de Lepanto. A veces, el heroísmo militar y el religioso han aparecido inseparables. *El estado militar*—escribía el Duque de Alençon—*es eminentemente favorable a la práctica de todas las virtudes cristianas, obediencia, humildad, silencio, renunciación, resignación, mortificación corporal, exactitud y fidelidad del deber, caridad, olvido de sí mismo, abnegación, espíritu de sacrificio, virtudes que en tiempo de guerra pueden ser elevadas hasta el heroísmo... Otros más competentes que yo han hecho notar las analogías con el estado religioso.* Analogías de las que se podría sacar gran enseñanza porque es posible que para determinar bien los límites de la sumisión del militar a los poderes constituídos—cuando estos se extralimitan hasta la injusticia—, la doctrina de la sumisión del cristiano a esos mismos poderes constituídos nos ofrecería la mejor clave. Es una misma. La conducta del cristiano y la del militar como custodios de supremas jerarquías y supremos valores, aparecerían inseparables.

7. *Sobre las* causas internas *del estado presente.*

Entre las *causas internas* del estado de cosas presente, el Primado señalaba:

a) La tibieza en la fe.

b) La falta de sólida piedad.

c) La conciencia católica no formada.

d) La desidia y la cobardía.

El Arzobispo de Toledo desarrolla estos enunciados, no solamente con la solicitud de un Padre que quiere ayudar a sus hijos a hacer una santa confesión, sino también con un orden teológico perfecto, que no es en manera alguna indiferente al valor del examen. La parte fundamental de esta pastoral, tanto en el orden especulativo como en el orden práctico, es esta. Así como se dijo *ama a Dios y luego haz lo que quieras* también podríamos decir: *Remedia esto, y todo lo demás será remediado por añadidura.* Porque aquí se parte de la primera virtud teologal, donde la tibieza es gravísima, se pasa por religiosos fundamentos que afectan al orden contemplativo, como son los de la piedad y la conciencia católica, y se llega, por fin, al orden activo, aquejado de desidia y de cobardía. Tal situación impone al pueblo católico español—nos impone a todos y a cada uno—un severo examen de conciencia seguido de contrición de corazón, de propósito de la enmienda, de confesión de boca y de satisfacción de obra. Inmediatamente surge el planteamiento clarísimo del problema. Sin resolver estas *causas internas,* que trascienden del centro mismo de la vida religiosa a toda la periferia de la acción, todo cuanto se haga en zonas ulteriores de actividad católica habrá de carecer de su normal y necesario cimiento, y equivaldrá a edificar la casa por el tejado, y aun por el tejado de vidrio, si muchos quieren empezar la casa, por la vidriosa obra que es siempre una colaboración con la política. Si el Señor no edifica, en vano se edificará. Es necesario empezar por aquella mansión que el Señor edifica con el hombre. Y sin duda, la acción social y política de los católicos—no es de prejuzgar en qué partidos ni regímenes, ya que la Iglesia no prejuzga—habrá de ser infinitamente más enérgica, a la vez que la vida religiosa tendrá que volverse infinitamente más estricta. *No quiero di-*

putados católicos, sino católicos diputados, dijo un día el Santo Papa Pío X. Ello equivalía a salir del medroso y débil confusionismo religioso político. Ello equivalía a partir de una íntegra y resuelta afirmación de catolicidad para ir al *haz lo que quieras* en el partido que quieras, al servicio del régimen que quieras, siempre que la conciencia católica formada y la sólida piedad sean tu punto de partida para elegir resueltamente. Entonces una oleada fresca de oxígeno llena los pulmones del ciudadano cristiano. Entonces *Religio est libertas*—la religión es su libertad. Ya no se encasilla como católico en un partido. Elige como católico entre los partidos. La misma diferencia podría establecerse entre *escritores católicos,* y *católicos escritores,* porque si el ser católico es *lo primero* ya no es la condición de escritor la que se reviste de un catolicismo yuxtapuesto o adjetivo, sino nuestra sustantividad de católicos la que se adjetiva y subraya con nuestra eventual actividad de escritores. La *causa interna* es siempre la catolicidad y aun la catolicidad en su raíz contemplativa como causa eficiente de lo activo, que es su sobreabundancia o añadidura. Así, este examen de las *causas internas* hace pensar en el sabio consejo de Pío II tan oportunamente recordado por la revista agustiniana *Religión y Cultura,* al comentar esta Pastoral. *Cuando la Iglesia*—decía aquel Papa—*atraviesa graves vicisitudes, es necesario volver a las virtudes originales que crearon su fuerza y esplendor en la historia.* A lo que la misma revista añade: *Si nos quitan la fe, la esperanza y la caridad, nos lo habrán quitado todo.* Si no nos quitan la fe, la esperanza y la caridad, no nos habrán quitado nada. *Pax et gratia* son las primeras palabras e implícitamente las últimas también de la carta de nuestro Primado. Y la gracia son estas tres virtudes. Y la paz, como dice Santa Catalina de Sena, indirectamente viene de la justicia—que es una de las virtudes eminentemente episcopales—, pero directamente de la caridad, de la misericordia. Y como la misma Santa dice en otro lugar: *La*

perla de la justicia está en el corazón de la misericordia. Y otra vez dice en un consejo a los Prelados: *que no tengan temor servil para corregir.* Por eso esta corrección pastoral de las *causas internas* todo lo cumple: en el modo—sin temor servil a corregir—y en el fondo que va a las fuentes de la paz, de la gracia, de la caridad y de la justicia, a las virtudes originales que urge restaurar en las almas, porque en su flaqueza ciertamente radica sobre todo esta quiebra de nuestra cristiandad española. Inmediatamente torna al oído el principio establecido por Pío X en su Encíclica llamada *Borromea: Ni la liberación ni la preservación de la peste de los errores son posibles sino por medio de una recta formación del clero.* Y nadie vea en esto sombra de crítica a nuestro sufrido clero español. Somos nosotros los que le hemos abandonado. Somos nosotros los que ahora hemos de nutrirle de todos los medios necesarios, a fin de que él nos nutra a nosotros del alimento espiritual que remedie nuestras flaquezas. Amor con amor se paga, será la ley de este juego, que podía hacerse popular y divino. No olvidemos la norma táctica del viejo mariscal de Francia: *La guerra es una batalla entre estados mayores.* Sin una obra Episcopal, sin una obra de Seminarios, sin una obra del clero, sin una obra de parroquias, no podrán remediarse las *causas internas,* que en los Sacramentos tienen su medicina. Y sin el remedio de las *causas internas* todo cuanto se haga será vano. Sin remediar las *causas internas* nada podremos hacer en lo exterior. Sin una rehabilitación de las virtudes teologales en la cura de la contemplación, estaremos para toda acción inhabilitados. Precisamente, no hace mucho, saludábamos en el Primado de Toledo, *un modelo de formación episcopal,* de plenitud adquirida. Y aquí viene a la pluma la sagaz observación del secretario florentino en sus Discursos sobre las *Décadas,* donde dice *que es mejor para un ejército tener buen general que buenos soldados.* Lo cual se empareja con la organización general de la Iglesia, donde los fieles son para en uno con sus párrocos y los

párrocos con sus Obispos, y los Obispos con sus Primados y los Primados con el Papa. Los estímulos para recobrar las virtudes, por las jerarquías de los hombres y de los estados del alma, descienden de arriba abajo mejor que ascienden de abajo arriba. Descienden de la contemplación a la acción, descienden de los pastores a las ovejas. Por eso vida contemplativa y formación sacerdotal que lo dirija y alimente, son cosas primordiales para remediar las causas internas. Y el centro normal y secular donde estas cosas se resuelven se llama parroquia, donde toda la vida cristiana, individual y social, contemplativa, activa y mixta, tiene su fundamento más firme, donde el nacimiento, la formación sacramental de nuevos hogares, la muerte sellan los lazos indispensables a toda ulterior y posible obra social católica. La parroquia es el puente insustituíble entre la contemplación y la acción. Se diría que todo empieza y todo acaba en la parroquia, en el orden de la catolicidad. Y aun esa misma invocación al amor de patria, que sucede con el de los padres al amor de Dios—según Santo Tomás—, y aun esa invocación a la gran España, hecha por el Primado de Toledo—creador un día de su unidad y luego defensor de su unidad en las vicisitudes de los tiempos—tienen en el ámbito de la parroquia su enlace más profundo y sencillo con el amor a Dios y el amor a los padres. No creo que nadie al volver de tierra lejana o al sentir su propia tierra, alejada de los caminos del Señor, pueda sentir con una conmoción tan honda e indivisible el amor a Dios y el amor a la Patria, como en la parroquia de su lugar, junto a la pila bautismal que le hizo cristiano, ante el altar donde cambió su anillo de bodas, cerca del sitio donde reposan sus mayores, allí donde el sentido de la tierra nativa y del cielo, de los antepasados y de los descendientes, del largo recuerdo y de la larga esperanza, se unifican y se dignifican como en ningún otro lugar del orbe. Aquí ciertamente se curan *la tibieza en la fe, la falta de sólida piedad, la conciencia católica no formada, la desidia y la*

cobardía, y este también es el lugar verdadero de *la unión de los católicos*. Y su santidad, su apostolicidad, su catolicidad, que tienen en Roma su cifra, de aquí salen y aquí revienen. Cuanto más alejada de la parroquia, más difícil y precaria se hará toda unión de católicos, y cuanto más cercana a la parroquia se hará más sólida, misteriosa y sencilla, y mejor ordenada también al amor de la familia y de la patria. Ante la parroquia se comprende que un intelectual no católico, pero de una escueta virilidad europea, no pudiese ver perseguida la religión en su país, sin sentir conmovidas sus entrañas hasta lo más íntimo, por la suerte de las parroquias. Entonces se comprende que Barrès—*duc et pair* como nunca—se alzase con la voz crispada en el aire sordo del Parlamento: *Por mi parte*—decía—*he venido a defender en esta tribuna la iglesia de la aldea con los mismos títulos con que defendería el Colegio de Francia. El gemido de una pobre vieja arrodillada en la iglesia de su aldea tiene el mismo acento, traduce la misma ignorancia, el mismo presentimiento que la meditación del sabio y del poeta. La iglesia, plantada en la plaza de la aldea, sanea el suelo. En torno a ella, la planta humana se desarrolla con un aire de civilización. Si la abatís, inmediatamente parece que las exhalaciones malsanas que ella había sofocado se eleva de nuevo. No es la cultura racionalista la que gana, sino el paganismo en sus formas más groseras...*

Pero no será posible vigorizar y defender la parroquia sin vigorizar los seminarios, sin hacer de ellos universidades de tipo europeo, sin la recta formación del sacerdote que Pío X pedía, sin que los *estados mayores* del Clero, doctores de Roma y pensionados a universidades extranjeras de Teología, merezcan especial atención. Ni será posible elevar los seminarios y sus doctores sin una acción episcopal inteligente y enérgica y sin una participación encendida y generosa de todos los católicos españoles. Esta parece que debiera ser nuestra primera cruzada que en la defensa de las Ordenes religiosas hallara su

primer complemento. Ni las bellas promesas de acción católica y social podrán realizarse mientras no florezcan en el ámbito sacramental de la parroquia aquellas virtudes creadoras de la acción y mientras no puedan cumplir eficazmente los sacerdotes el mandato de los Papas, que hace de ellos, si no los presidentes, los *doctores,* los *consejeros,* los *guías,* según la ocasión, de las organizaciones laicas y supletorias. Sin contar que todo renacimiento intelectual o activo en el laicato católico, al encontrarse con un clero puesto en condiciones inferiores para desempeñar su triple e incesante misión de *doctor,* de *consejero* y de *guía,* podría ocasionar harta perturbación y confusión en las nociones y relaciones de Iglesia Enseñante e Iglesia Enseñada. Sean cuales sean las divergencias de los católicos en otros terrenos, esta del sacerdote y la parroquia parece ser la vía normal de su unión, de su edificación, de su corrección, de su armonía. Ante el altar de la parroquia pongamos, en la firmeza y en el silencio de nuestra contemplación, la primera piedra, cimentada con la Sangre de Cristo, de la obra de restauración espiritual, de nuestro *restaurare omnia in Christo* sobre la sufrida tierra de España. *Sin la contemplación*—escribe Juan Maritain—*toda doctrina filosófica o teológica, aun verdadera, deriva a la secta; todo celo, aun excelente, a la rivalidad. Porque ella hace del hombre un solo espíritu con Dios, y ella constituye, verdaderamente, la unidad en el hombre y entre los hombres.*

Rafael Sánchez Mazas.

CRIBA

EL DEDO EN LA LLAGA

¿ADÓNDE VAMOS?

Procedióse a forjar una Constitución republicana, la de una república semi-federal—federable—, semi-socialista y semi-jacobina. Y entre tanto se hablaba de revolución, de una revolución que apenas hay quien sepa en qué consiste, y los que menos lo saben son los sedicentes revolucionarios. Mas la verdadera revolución, la honda, la de la conciencia pública, se iba y se va abriendo camino por más dentro de las capas que podríamos llamar políticas de la población española. La verdadera revolución, el ascenso a la conciencia pública ciudadana de los íntimos anhelos del pueblo, esta revolución se hace fuera de los partidos políticos. Los programas de éstos, de los partidos políticos organizados, con sus comités y sus congresos, no le dicen nada al pueblo. La llamada masa neutra empieza a hacerse, bajo el acicate revolucionario, una conciencia histórica. Que es política, aunque no de partido alguno. Una conciencia española. Y reviven viejas tradiciones.

¿Revolución? La hay, indudablemente, pero en forma de lo que suele llamarse reacción. ¿Contra el nuevo régimen? Más bien para hacerlo de veras nuevo. La reacción—y ciego ha de ser el que no la vea—va contra el semi-socialismo, contra el semi-federalismo y contra el semi-jacobinismo. España, la conciencia histórica española, al despertar, trata de recobrarse y unirse haciendo cesar la lucha llamada de clases, la lucha de intereses y sentimientos particulares—regionales, comarcales, locales—y la lucha de confesiones. Y se presenta un caso que por designarlo con un término extranjero, y aun sin traducirlo, parece algo traducido también. Nos referimos al llamado fascismo. ¡Tabú, tabú! Ya está nombrado el Coco. El Coco y el comodín.

Eso que los revolucionarios de mentirijillas, los semi-revolucionarios, llaman al fascismo, el fascio español ni ellos saben lo que es ni lo saben los que a sí mismos, aquí en España, se llaman fascistas. Ese fascismo que un Gobierno que parece entontecido persigue como si se tratara de una terrible organización clandestina y anti-republicana es algo tan pueril, tan inocente, tan ridículamente deportivo, que da pena. Sus manifiestos, sus manifestaciones, las hojas que reparte, sus ejercicios litúrgicos, darían que reír si no diesen pena por el rebajamiento mental que delatan. No sabe uno de qué sorprenderse más, si de la tontería de esos chiquillos deportistas que juegan al fajo, o de la tontería gubernamental y policíaca que anda a su caza.

Pero ¡ah!, es que bajo ese fascismo de tramoya, de opereta bufa, bajo esos desahogos de una mozalbetería de cine sonoro, hay algo que está cobrando conciencia seria. Los presuntos fajistas—los que se creen serlo y aquellos a quienes la tontería gubernamental supone tales—no saben lo que el fajo llegue a ser más que los republicanos del 12 de abril sabían lo que habría de ser la república de los *semis*. Tan inconscientes los unos como los otros.

¿Adónde vamos?—suelen preguntarse los españoles que se inquietan de serlo. Adonde nos lleve la historia. Que no es la política de los partidos, sino la del pueblo. Adonde nos lleve el Hado—otros le llaman Providencia—, que en la historia es ley de libertad.

(De D. Miguel de Unamuno. *AHORA*, agosto 1933.)

LA UNIÓN DE LOS JÓVENES

En la primera semana de agosto ha tenido lugar en Aquisgran el *XVI Congreso de los estudiantes alemanes*. Es el primero que se celebra bajo la era *nazi*. Siempre habría de ser interesante un Congreso de juventudes en un país que acaba de *revolucionarse,* pero el interés adquiere ejemplares claridades de paradigma cuando el Congreso es de estudiantes, y de estudiantes alemanes. Todo el afán de salvación, de fuga, de los pájaros viajeros *(Wandervogel)* empieza a encarrilarse, ahora, en los conceptos rigurosos de la administración prusiana. Se trata, nada menos, que de construir la *universidad política.*

No se ha debatido, como es cosa de Congresos. Se han examinado proyectos ya perfilados, con cuyo espíritu habían sido entonados, de antemano, los participantes en el Congreso, con unos días de *campamento de instrucción (Schulungslager)* en Monschau.

Queremos una sola cosa: hay que acabar con el estudiante aislado, con el hombre privado, que no tiene ya derecho a la existencia. No es verdad que quieran una sola cosa, pero en los dominios de la razón práctica, política, administrativa, sí, y con eso basta. Porque lo que se quiere es el *tercer imperio,* en general, y la universidad política, en particular.

El *dricte Reich* ha sido definido de muchas maneras. La peor, acaso, de las definiciones es la que sugiere el nombre del partido: socialismo-nacional. Y la mejor la que pretende

sugerir: negación absoluta del liberalismo en función de la nación. Definición puramente formal, esquema tipológico; lo que nos importa son las maneras de negar la libertad, las libertades negadas, y las funciones que representa esa nación.

Esto no lo encontramos en ninguna definición, aunque sea alemana. Lo vamos viendo desarrollarse en los actos y en los propósitos de estructuración.

Gerhard Krüger, presidente del Congreso, nos habla de uno de estos propósitos, el más importante para la futura vida estudiantil alemana. *Hay que superar la corporación de estudiantes de antes de la guerra, con su principio feudal, para transformarla en unión de estudiantes. La corporación servirá, en esta forma, de comunidad para la educación política. Pertenecer a una unión equivale a una profesión de fe en una nueva forma y en un nuevo contenido de la vida estudiantil, que ha de conformarse militarmente, con fuerte disciplina y dureza varonil. Sólo de este modo la vida corporativa estudiantil, desligada del viejo Heidelberg y todo el fenecido romanticismo, podrá ser políticamente preciosa y verdaderamente nacional.*

El deber de los jóvenes estudiantes que proceden de los campos de trabajo, será trasplantar el espíritu del socialismo desde el campamento de trabajo (Arbeitslager) *a la unión. Entonces es cuando tendrá justificación la exigencia: el estudiante universitario libre no tiene derecho a la existencia.*

La casa de la corporación tiene que convertirse en casa de camaradas (Kameradschattshaus). La vida en estas casas será regida por un *plan de servicio*, inspirada en la vida de los campamentos de trabajo. La mayor parte del día corresponde al trabajo científico en la casa y en la universidad. Para la educación política, que ocupará una gran parte, habrá lecciones comunes y comunidades de trabajo. *Es menester crear en cada estudiante una clara actitud político-espiritual. Queremos la formación de personalidades dentro de la comunidad; no queremos ninguna educación de masas.*

Habrá camaraderías *(Kameradschatten)* de diez a quince hombres, con su jefe. Los que forman parte de estas camaraderías o compañías, viven, duermen, trabajan en común. La camaradería es la célula de la unión de estudiantes. El jefe es el verdadero responsable. Existen ya en diez universidades casas de camaradas dispuestas, con cabida para ciento cincuenta o doscientos hombres. No es que se piense en expropiar, para este fin, las casas de las viejas corporaciones, pero se espera que muchas de ellas hagan la transformación por sí mismas.

Otro rasgo socialista, éste ya menos decidido. Se procurará, en la medida que lo permitan las horas del trabajo, el acceso de trabajadores y empleados. En la camaradería tienen que convivir estudiantes y trabajadores, como conviven en las secciones de asalto del partido y en los campamentos de trabajo.

Pero no hay que dejarse engañar por las apariencias. Hay cierto tufillo de cuartel y, tratándose de alemanes, la gente está acostumbrada a presumir el diablo sin necesidad de tufillo. Se nos previene *que hay que evitar todo lo que huele a cuartel. El cuartel es el gran peligro que amenaza a las casas de camaradas. Pero el cuartel requiere una educación de masas, mientras que la finalidad de la nueva organización estudiantil es lo contrario: destacar personalidades tenaces.*

La vida en común de los efebos la ha vuelto a traer la vida deportiva. La vida deportiva ha vuelto a traer muchas cosas. Los bolcheviques han dado a esta vida en común una intención platónica, pedagógico-política. Los alemanes se debaten entre la moda deportivo-revolucionaria y el cuartel. Es de esperar que salga ganando la administración prusiana que, si no es, como Hegel creía, la representación de Dios en la tierra, sigue haciendo maravillas.

Esta será la organización fundamental que encuadrará al estudiante en el marco político del tercer imperio. El propósi-

to revolucionario de la vida *profesional* del estudiante apunta en otro proyecto: el de la *especialidad* (Fachschaft). (Véase el primer número de la revista *Der Deutsche Student*). El principio fundamental, que es nervio político, administrativo, *socialista,* de todas las reformas, se hace valer también en ésta: nada de estudiantes libres. Pero así como las camaraderías tratan de llevar el pensamiento socialista de los campos de trabajo a la vida estudiantil, para lo que empiezan renegando de todo el romanticismo cervecero y duelístico del viejo Heidelberg—*he perdido mi corazón en Heidelberg*—, aquí se trata de ordenar el trabajo propio del estudiante mediante un *plan de servicio*—no un plan de estudios—que significa la más radical negación de la libertad académica tal como ha sido entendida hasta ahora. Sólo aquel trabajo propuesto por los directores de la especialidad tiene categoría de servicio.

Esta organización se propone fundamentalmente *colocar al estudiante en una relación nueva con la profesión y con la ciencia. Así como en la unión el estudiante aparece como joven apto para las armas, la especialidad le prepara para su futura profesión dentro de la comunidad del pueblo.*

La primera en importancia de sus tareas concretas será la de *procurar una relación inmediata con la profesión mediante conferencias y conversaciones con los profesionales en activo, comunidades de trabajo, campamentos de instrucción,* etc.

La segunda, procurar una *viva colaboración en el trabajo científico entre estudiantes y profesores.* Para allanar obstáculos se utilizará el *boycot* contra aquellos *profesores indignos de serlo en un establecimiento superior alemán, es decir, político.*

También asoma la preocupación socialista, la timidez de la preocupación socialista, obligada por el nombre. Porque donde está el socialismo del socialismo-nacional es en esa contundente querencia: *queremos una sola cosa: que no haya estudiantes libres.* Los estudiantes participarán en la educación del

pueblo en cursos especiales para trabajadores y en las escuelas públicas.

Debajo de estas dos organizaciones, que abarcarán toda la vida del estudiante, se halla la organización fundacional de la *obra del estudiante* (studentenwerk). El nuevo director de la obra, Dr. Streit, ha apuntado las nuevas orientaciones, que deshacen el programa de Erlang de 1921.

También representa un trozo de la futura universidad política. Termina con la dispersión de la obra y le da unidad. Esta unidad será asegurada mediante una ley que impondrá la obligación de anunciar todos los estipendios que existan en Alemania para los fines de protección del estudiante. Su misión más importante es la de ayudar a determinados estudiantes, *sin reparar en su fortuna, a base de una cuidadosa selección en la que el destino individual no ha de ser valorado por sí, sino por su relación con la nación.* Esta selección aspira a que las nuevas generaciones de las universidades tengan sus raíces en el pueblo alemán y que por su actitud y madurez política sean capaces de contribuir a la renovación de la nación y de la ciencia y de servir al Estado. Por esta razón, *será de decisiva importancia para la selección el haber participado en el servicio de defensa y de trabajo.*—E. I.



LOS CUATRO VIENTOS

REVISTA LITERARIA

PUBLICADA POR

DÁMASO ALONSO - JOSÉ BERGAMÍN - MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO - FEDERICO GARCÍA LORCA - ANTONIO MARICHALAR JORGE GUILLÉN - PEDRO SALINAS - CLAUDIO DE LA TORRE

SUMARIO DEL PRIMER NÚMERO

SUMARIO DEL SEGUNDO NÚMERO

SEIS NÚMEROS AL AÑO

España y América: Un número, 3 pesetas; suscripción anual, 15 pesetas.—**Extranjero:** Un número, 4 pesetas; suscripción anual, 20 pesetas.

Mediodía

REVISTA LITERARIA

SEVILLA

Suscripción: España y América. 15 ptas. Extranjero, 20 ptas.

Administrador: **D. Carlos Bendito, Cedaceros, 2, 1.º - Sevilla**

MEDIODÍA NÚM. 16
(CONTINUACIÓN)

SUMARIO:

REVISTA DE OCCIDENTE

PUBLICACION MENSUAL

Director: **José Ortega y Gasset**

Secretario de Redacción: **Fernando Vela**

Av. Pi y Margall, 7 (segundo trozo Gran Vía) Apartado 12206
M A D R I D

SUMARIO DEL NÚM. CXXI

(julio de 1933)

CRUZ Y RAYA

S. AGUIRRE, IMPRESOR. — TELÉFONO 30.366. — MADRID